

DIARIO DE LA MARINA

La Habana, Domingo, 3 de diciembre de 1933.

Decano de la Prensa de Cuba

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y América



La Línea Maginot, cuando se inició su construcción, en 1926.

Un
REPORTAJE HISTORICO.
por
Octavio de la
Suazée

*Je vous oublie pas
vieil et fidèle ami et
meilleurs souvenirs
D Maginot
18 Janvier
Engheim*

Humberto

*A mon bon ami M. le Docteur
Dominguez.
Souvenir affectueux*

*Maginot
27 Jan 23*

ARRIBA: Copia del último mensaje de la madre de Maginot al doctor Roldán: «No os olvido, viejo y fiel amigo. Con mis mejores recuerdos». Está fechado en Enghien. AL LADO: retrato de Maginot, dedicado al doctor Dominguez.

EL SARGENTO 44

EN la tarde del 5 de mayo de 190... una muchacha hermosísima, vecina de un palacete de la Rue Royale, en París, dá señales, desde una ventana de la planta baja, de la más viva agitación.

Son escasamente las seis. El verano parisiense impera en todo su esplendor. El cielo es mucho menos plomizo que de costumbre y la sofocación de la hora aviva aún más el carmín artificial de la doncella.

Un coche se detiene frente al 37.

—¡Debe ser él! —murmura la impaciente, tomando por el brazo a una robusta matrona que se halla en segundo término.

Del vehículo, empero, desciende una figura lenta y fatigada.

—No. ¡Es tu padre!

—De todos modos ¡qué puntual ha sido!

El alborozo de la hija muere en seguida, no obstante, ante la lúgubre expresión del recién llegado.

—Qu-est-ce qu-ij y a?

Los tres se reúnen confundidos en el umbral.

—Que no puedes casarte con ese André. Es un hombre tán vulgar. Un viudo con dos hijos... Un don Nadie. Me he informado muy bien.

—Pero...

—Ni una palabra más. ¡Adentro ustedes! Yo le recibiré.

Y las sayas desaparecen bajo la autoridad del pantalón.

Media hora después, cuando el pretendiente—no-



«Maginot era la encarnación genial del patriotismo francés»—asegura el doctor Francisco Domínguez Roldán a nuestro compañero Octavio de la Suarée, mostrándole una fotografía del ilustre creador de la Línea que lleva su nombre.

El Dr. Domínguez Roldán habla de su amigo el creador de la LINEA MAGINOT

table por su aventajada estatura—llega a aquella mansión de la Rue Royale, que vió pasar a María Antonieta rumbo a la guillotina, su entusiasmo se trueca en desolación.

El señor se muestra implacable:

—No debo concederle la mano de mi hija. Juzgue usted mismo mi situación... ¿Cuáles son sus títulos?

—Caballero: soy un hombre honrado.

—Esa es una obligación, no una virtud.

—Además, letrado. Mi expediente de estudiante, según dicen, es bastante bueno.

—Lo sé. ¿Qué ha hecho con su diploma?

—He ejercido mi profesión en Argelia.

—¿En los salones?...

—Señor mío: ¡en los estrados de la justicia!

—Discúlpeme. Pero aseguran que allá no hizo usted más que un negocio ventajoso: su matrimonio.

El aspirante enrojece hasta las uñas.

—No niego que la que fué por cortos años mi esposa—expono con voz ahogada—era una mujer excepcional, ambicionada por muchos en Argelia, y que sólo yo pude conquistarla. Pero mi hoja de servicios en la Colonia incluye 30 absoluciones, 125 juicios civiles resueltos favorablemente...

—Y dos hijos.

—Comprendo que es ese pasado mío el que me enajena su consentimiento, monsieur...

Este protesta vivamente, golpeándose una rodilla en señal de contrariedad.

—No, no, lejos de ello. Mi hija es ya lo suficiente mayor para enfrentarse con esa responsabilidad. Dispone de carácter y condiciones.

—Y yo de recursos para ponerle una institutriz a cada chiquillo.

—No es, insisto, el escrúpulo de que se case con un viudo joven lo que me impulsa a separarla de usted.

—Qué es, entonces?

—No quisiera ofenderle... Como quiera, yo le estoy muy reconocido por el honor que me ha hecho queriendo emparentar con mi familia.

—Hable usted.

—Pues oiga: me opongo a que se case con Marion porque usted no tiene porvenir... Sencillamente.

Y la sentencia paternal cae feroz sobre aquel corazón enamorado.

—El hombre a quien un exigente padre de familia prescribió por esa hipótesis de la mano de su hija—aclara, tras relatar lo que antecede, el eminente médico don Francisco Domínguez Roldán, único miembro asociado cubano de la Academia de Medicina de París, con quien charlo ahora en su consultorio profesional del Vedado—era nada menos que el sargento André Maginot, pura gloria de la Francia contemporánea, que con la concepción de la genial Línea que lleva su nombre, ha revolucionado la técnica y la táctica de guerra en las operaciones terrestres, imprimiéndoles un ritmo más lento y decididamente más humano.

Yo lanzo la carcajada.

—Qué barbaridad!—digo.

Y el asombro me enturbia la curiosidad.

PARIS SE SALVA SIEMPRE.

HASTA POR IMPRUDENCIA...

—La actual guerra europea, por sus gigantescas proporciones, es un verdadero escenario de confusión, donde todo, seres y acontecimientos, aparecen revueltos y desnaturalizados. A la luz de la enorme pira, enanos simulan gigantes y viceversa

y lo que es en Francia un mérito, en Alemania resulta un crimen. Pues bien: de la grandeza auténtica de André Maginot respondo yo, que fui su amigo íntimo—prosigue mi ilustre interlocutor.

—Usted le trató mucho tiempo?

—A través de toda vida.

—Cuándo se encontraron por la primera vez?

—En 1898, en París, siendo ambos estudiantes: él de Derecho. Por supuesto, como eran distintas las Facultades Universitarias a que concurríamos nuestra amistad se hizo fuera. Nos conocimos y tratamos en casa de monsieur André Benac, gentil caballero, ya difunto, que tenía un salón de lo más acogedor. Maginot, por esa remota época, era un mocetón audaz, resuelto, franco e intrépido que ganaba en seguida la simpatía de todo el mundo. Los compañeros, en sorna, le llamaban el «grand Maginot», aludiendo a su enorme cuerpo, sin presumir que los hechos, más adelante, justificarían el calificativo tanto en lo intelectual como en lo físico.

—Era muy alto, según dicen.

—Mucho. Tenía más de dos metros de estatura. No muy grueso, pero de una fortaleza de titán. Para mi gusto, había nacido bajo el signo del exceso. Todo lo ejecutaba desmesuradamente...

—Y su familia?

—Muy buena, muy sencilla, muy distinguida. Yo los conocí a todos y aun me carteo con su señora madre, que le sobrevive a pesar de sus 84 años. Mi unión amistosa con André Maginot, comenzada como le digo a fines del siglo anterior, fué fortalecida durante mis periódicos viajes a Francia en 1905, 1906, 1907, 1914—entonces me sorprendió la anterior guerra allá—y 1920, en que me radiqué por largo tiempo en París. Al principio, nos veíamos en el salón de monsieur Benac.

—Cómo entró él en el Consejo de Estado?

—Por rigurosa oposición. Por cierto que uno de los miembros del Tribunal que actuó en el caso, me ha contado que en uno de los ejercicios orales, Maginot, ignorando el tema que le había tocado al azar, desarrolló otro, con tal maestría, que confundió a los catedráticos y obtuvo la plaza. La presencia de ánimo fué siempre su más acentuada característica. Con ella triunfó también poco después en la política. La revelación de este gran patriota, empero, no comienza sino con la guerra. En 1914, él era diputado y Presidente de la Comisión Militar en la Cámara. Estallado el conflicto y acordados por el Congreso los planes de operaciones, renunció a su inmunidad parlamentaria y se fué al frente como simple soldado. Herido a poco, volvió a incorporarse, esta vez como jefe de una patrulla de exploración que operaba con

mucho éxito por los alrededores de Verdum. En ese como en todo menester patriótico, no vistió otro uniforme ni admitió más grado que el de Sargento del Regimiento 44. Las órdenes del día del Ejército francés recogieron a menudo sus proezas.

—Dónde recibió el balazo en la rodilla izquierda? —En el propio Verdum. Tratábase de una enorme herida que le había amputado la arteria nutricia de la tibia, cuya parte superior, por tanto, se le decalcificaba. Con ese motivo, sus dolores eran terribles, a tal punto que en 1921, suponiendo sus médicos que sufría de una decalcificación de origen maligno, quisieron cortar la pierna. El me pidió consejo profesional y yo me opuse. Demostré a mis colegas lo errado de su juicio, le hice dar diatermia en el miembro enfermo y le quité un pesado aparato que le hacían arrastrar, poniéndole en su lugar una simple rodillera. Con mi intervención, mejoró mucho de salud, al extremo de caminar apoyado en un simple bastón. Oh: le recuerdo ahora como si le tuviera a mi lado...

Y el doctor Domínguez Roldán se pasa la diestra por la frente, en un alarde de ensoñación y de melancolía.

—Maginot confiaba mucho en mi discreción y más de una vez me hizo confidencias preciosas—añade. —Escuche usted: hablando un día sobre la batalla de la Marne, me dijo que ésta había sido el producto afortunado de una serie de causas incidentales que propiciaron la victoria. El Mariscal Joffré, confiando en la defensa que había quedado en pie, atrás, a la derecha, en Verdum, estaba decidido a avanzar, paralizándolo aquella sistemática retirada del 14. Los ingleses a su vez, querían seguirlo. Pero he aquí que el Cuartel General da la orden inesperada de abandonar Verdum. La oficialidad de su guarnición, con el general Pétain al frente, se niega a cumplirla. Maginot, desde su alto cargo oficial, secunda la oposición. En ese instante crítico, el enemigo inició su avance arrollador sobre París. Joffré, resuelto, contraataca y Gallieni, de motu propio, sale de la capital con los 50 mil soldados de la guarnición a bordo de diez mil taxis requisados la noche anterior y va a cortar la retirada al ejército invasor. Von Kluck, como gran táctico que era, no puede concebir que la guarnición de París abandonara su defensa para ir a correr un riesgo al propio campo de batalla y dispone la retirada al sentir los primeros disparos en la retaguardia, creyéndose acorralado por tropas de refuerzo. Y de ese modo, una grave imprudencia salvó a París...

VENUS EXIGE BUEN PORTE PERO TAMBIEN SOLICITUD

Yo asiento con una sonrisa.

—París se salva siempre—comento.

—Los días que siguieron—prosigue el doctor Domínguez Roldán—confirmaron la visión patriótica de Pétain y de Maginot, pues las viejas fortificaciones de Verdum resistieron decididamente el bárbaro empuje alemán, cuyo ejército dejó quinientas mil unidades sobre el campo de batalla. Al terminarse la contienda, Maginot regresó a París a atender su salud y una vez restablecido, cooperó con el Presidente Poincaré ocupando en su Gabinete el cargo de Ministro de Pensiones. A la sazón yo llegué de nuevo a Francia, dirigiéndome directamente al Balneario de Plombières para hacer una cura. Una mañana, fui informado en la Dirección de que un señor quería verme con urgencia. Entré en la sala de visita y me encontré a Maginot. Mi alegría fué grande. Tras mutuas y dilatadas explicaciones, convinimos una próxima visita a Verdum, donde me presentó al Alcalde de la población, que había resistido todo el asedio sin desertar su puesto y a quien entregué más tarde los 65.000 francos que había llevado del Comité de Ayuda de la Alianza Franco-Cubana para establecer una «Escuela de Gloriosos» en un barrio de la heroica Vila. Después, comenzamos a vernos casi a diario en la capital, comiendo juntos siempre, unas veces en casa del entonces Embajador de España, señor Quiñones de León, que era otro gran amigo suyo; otras en la mía y no pocas en la de una amiga íntima de Maginot, calle Th. Ribot. El buen André era un gourmet

Un muerto ilustre, sobre cuya obra genial luchan Alemania y Francia, resucita en la palabra de su mejor amigo. — "André Maginot era notable en todo, inclusive por su enorme estatura", declara el ilustre doctor Francisco Domínguez Roldán, que le conoció y trató íntimamente. — Los padres de familia no tienen siempre capacidad intuitiva y por eso uno de ellos no previó el brillante porvenir que estaba deparado al sargento 44. — De los primeros escarceos de un letrado en Argelia a la plenitud de una vida truncada por el tífus. — Un abogado, loco de amor por su patria, concibió la obra de ingeniería militar más portentosa de la época. — De como con el espíritu de adaptación, propio de los cubanos, un médico de los nuestros dominó una herida enorme con una simple rodillera. — Bajo un impulso "magitoniano", desfilan por estas páginas Joffre, Gallieni, Pétain, el alcalde de Verdún, Poincaré y las francesas que en 1926 perdieron el 80 por ciento de sus ahorros.

extraordinario y tenía predilección por el bacalac a la vizcaína que yo mismo solía preparar.

—En estos días, la prensa se ha hecho eco de sus asiduidades en el «Maxime»...

—A la verdad, poco o nada puedo decirle al respecto. Ese período «maginotiano» de la pre-guerra corresponde al de mi ausencia de París. Lo que sí aseguro es que después del año 20, Maginot hizo del Restaurant «Voisin», de la Rue St. Honoré, su

punto de parada predilecto. Allí tenía tertulia fija despachaba hasta correspondencia y recuerdo que en una ocasión pude darme cuenta de la fineza de sus gustos cuando me hizo probar un «moussigny» de 1870 que se conservaba en aquella bodega como una reliquia. Si era fino y escrupuloso en comer y en beber, también demostraba lo propio en sus afectos. Las mujeres más bellas y refinadas de París cultivaban su amistad. Sólo una vez, como le he dicho, se vió desairado en sus pretensiones amorosas...

—Y qué fué de aquella dama?

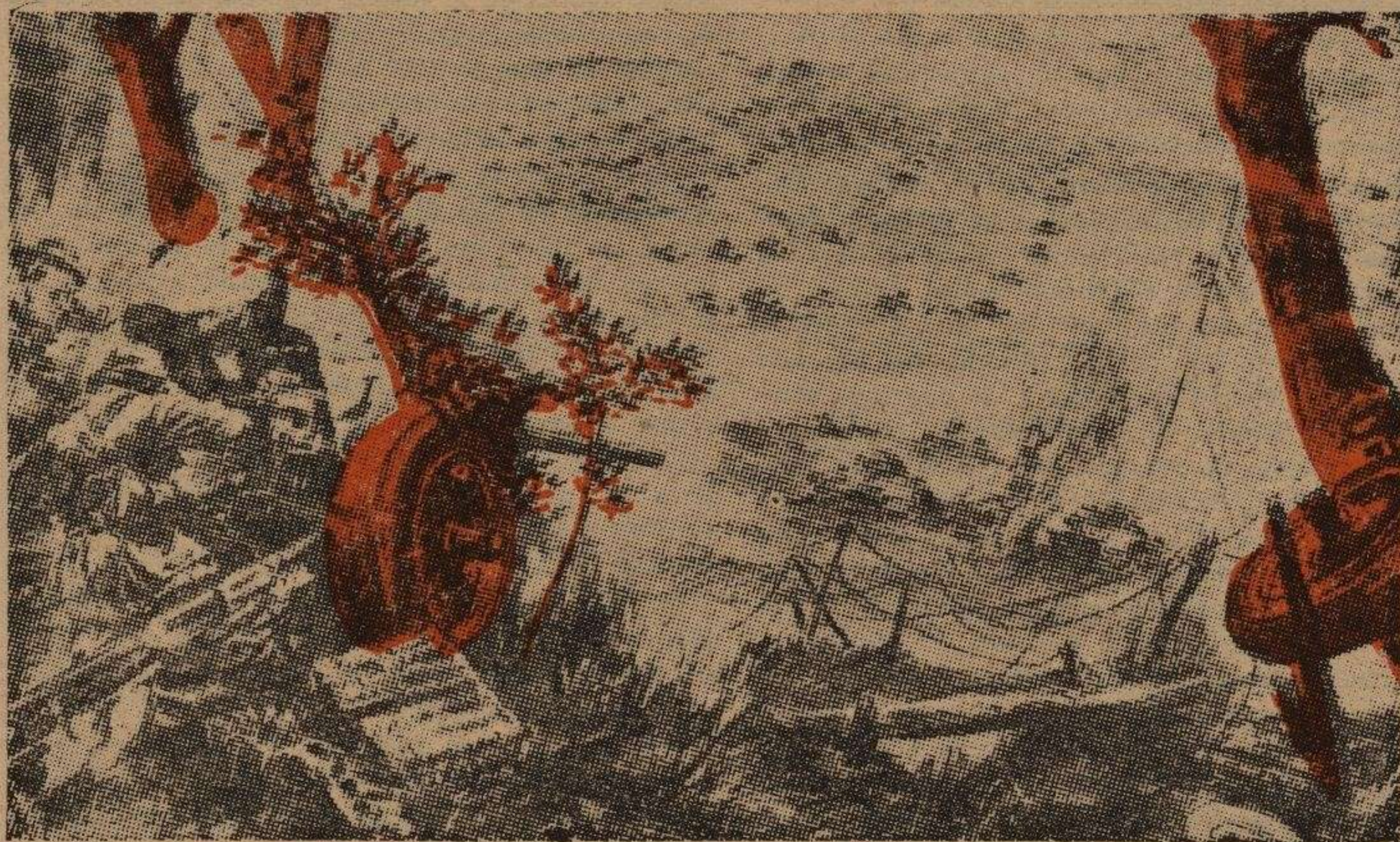
—Se casó con un hombre de negocios. Luego hubo en la existencia de Maginot—que no volvió a contraer nupcias—otro gran afecto. Una mujer devotísima, muy dulce y delicada, se consagró a cuidarle y hacerle la vida agradable. El gran partido de Maginot entre las señoras se explica por su innata galantería. Mire usted, La Starée: él era gran amigo y admirador de Poincaré—los dos tenían su electorado en la Meuse—, pero se opuso a los Decretos del 26, que causaron la ruina de las mujeres francesas que tenían guardados en la clásica media de lana sus ahorros procedentes del 3 por ciento perpetuo de la Renta Pública emitida originariamente en oro y que, de la noche a la mañana, el Gobierno convirtió en francos papel, perdiendo en ese cambio un 80 por ciento de su valor. «Nunca hubiera firmado ese Decreto—declaró Maginot. A las mujeres no basta con agradecer; sino que hay también que serles útil». Yo, casado con una francesa, opinaba igual que él.

—Era fácil de palabra Maginot?

—Mucho se distinguió como orador persuasivo y elocuente—asiente mi entrevistado. —En su compañía, asistí a la inauguración del «Monumento a los Defensores de Verdum», donde el discurso oficial estuvo a su cargo. Habló magistralmente con una riqueza de imágenes y un derroche de sentimientos extraordinarios. Se mostró como lo que era: un instrumento justo del patriotismo y de la honorabilidad de los franceses. Como huésped de honor y beneficiario de la heroica Vila, yo tuve el honor de ser acomodado en la presidencia, a la derecha del Rvdo. e Ilmo. Obispo que presidió la ceremonia.

—Fue por entonces su misión secreta a España? —pregunto.

—Precisamente iba a hablarle de eso. A últimos de agosto de 1923, recibí un recado del Sargento 44 pidiendo que le acompañara a hacer un pequeño viaje oficial por la Península, a donde le llevaba un encargo importante de Raymond Poincaré, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros. Me comuniqué inmediatamente con «Pancho» Alvarez, criollo radicado en París y amigo común y organizamos el viaje. Cuatro días después, me hallaba con Maginot en el Quai d-Orsay y salíamos jun-



Un artista ha concebido de esta suerte lo que ocurriría si la Línea Maginot fuera atacada. Antes de poderse aproximar a sus primeros obstáculos, el enemigo sería destruido.

tos en su vagón especial rumbo a San Juan de Luz. Cenamos y dormimos en el coche—donde, por cierto, se le había preparado una cama gigantesca, propia para él—y al día siguiente llegamos allá, siendo acogidos en la Estación por el buen Alvarez, que nos ofreció un succulento almuerzo. Dejamos el vagón en la localidad y proseguimos viaje en automóvil, pasando por Bilbao y arribando a las seis de la tarde a Santander, donde estaba reunida la Corte. El Rey Alfonso XIII recibió en seguida en el Palacio de Miramar, en audiencia privada, a Maginot y lo hizo comer en su compañía. Después asistimos a la Gran Regata de Santander, en la que la embarcación real llegó primero y la de Madame Herriot—hija del dueño de los grandes almacenes parisinos «El Louvre»—segunda. Cumplida su misión, volvimos a París por San Juan de Luz, donde nos instalamos otra vez en el vagón de F-C. En una charla del trayecto, me contó lo afectuoso que había estado con él S. M. y me dijo, textualmente: «Me ha llamado mucho la atención esta frase con que el Rey me despidió: Pronto oirá usted—afirmó—hablar de grandes acontecimientos en España. Qué será?». La duda nos duró poco, porque al llegar a París, el 13 de septiembre, Primo de Rivera se encargó con su golpe de estado, de despejar el enigma.

PARA MAGINOT, LA NUEVA GUERRA COMENZO EL 28

Una cliente solicita la atención de mi interlocutor, que se excusa por varios minutos. Cuando regresa a su despacho,

—He oído decir que Maginot era algo impulsivo—indago.

El doctor Domínguez Roldán sube el tono para la negativa.

—Nada de eso. Es más, creo que pocos padres hayan sufrido como él, en la carne de su único hijo varón, experiencia más dolorosa, sin abandonar la ecuanimidad. Juzgue usted sinó: El joven Maginot, siendo su padre Ministro de la Guerra, entró en edad militar y fué a hacer el servicio, como todos los de su promoción. Poco después, el doctor Moure me informó que el mozo estaba enfermo, que había ido a la enfermería del Regimiento, donde lo desnudaron para examinarle y que él médico de guardia, distraído por el exceso de trabajo, no lo atendió sino dos horas después. El hijo del todopoderoso Ministro, cogió frío, tuvo una pulmonía seguida de pleuresía, fué operado y murió. Para asistir al sepelio, yo fui a dormir a Bar-le-Duc, en una hospedería donde tuve de vecino de cuarto, guiado por el propio móvil, al ilustre Poincaré. Por la mañana, temprano, salí en coche para Révigny, donde se efectuó el triste acto de la inhumación. Maginot, medio loco de dolor, no pudo concurrir. Incontinenti, cayó enfermo con difteria.

—Y no demandó responsabilidades al médico culpable?

—Ninguna. Y podía, con su influencia oficial, haberle aplastado.

—Fué un gesto noble.

—Como ése, tuvo muchos. Yo le he visto sollozar tal un chiquillo el día que su lúcida intransigencia patriótica fué derrotada en la Cámara por las tonterías entreguistas de la política de «Briand La Paix». Maginot fué un clarividente. El se dió cuenta de que las cláusulas del Tratado de Versalles debían cumplirse y de que toda concesión prematura a Alemania redundaría en perjuicio inmediato de Francia. Por eso se opuso a la liberación de la Rhenania, y a todos los coquetos amables con Hitler y su pueblo, sosteniendo desde 1926 que había que prepararse para otra guerra terrible. La subida al poder de grupo de llamados Partidos Populares, fué para él una catástrofe. Sólo con los generales que tanto le amaban, estudió desde entonces un plan para evitar que la imprevisión de unos cuantos gobernantes ocasionales ciegos condujera al país a una ruina definitiva. Pasó largos meses trabajando diez y seis y diez y ocho horas diarias. Por la fecha, yo apenas le veía. Recuerdo un día de 1928 me dijo misteriosamente: «Querido: para mí, ya estamos en guerra otra vez con Alemania».



La Línea Sigfrido no es otra cosa que una réplica a la que ideó Maginot—que a su vez tuvo muy en cuenta las fortificaciones de Vauban en Alsacia.— En este dibujo están trazadas las dos líneas, con la zona donde se movieron las tropas franco-alemanas (de Trier a Forbach)

—Había concebido en ese momento su famosa Línea

—Usted lo ha dicho. Aunque la obra se mantuvo en secreto largo tiempo, adquirí pronto nociones ligeras de lo que se trataba. Maginot tenía una confianza ciega en el Ejército francés, pese a la desgraciada influencia de la política, todos sus jefes y oficiales se sienten antes que nada soldados defensores de la Patria, pero comprendió que era preciso crear, por medio de la renovación técnica de las fortificaciones de defensa, un nuevo tipo de guerra que lo pusiera a resguardo de la inferioridad numérica a que le sometían, fuera, un enemigo casi doble; dentro, la disminución de la natalidad. He aquí el quid de esa construcción formidable, que lleva su nombre y que le hace inmortal, a él que, según un padre celoso, no tenía porvenir suficiente para garantizar la felicidad de la mujer que amaba... Lo demás, amigo periodista, pertenece al minuto que vivimos.

La entrevista concluye. Yo arriesgo una última pregunta:

—Estaba usted en París, doctor, cuando el fallecimiento de Maginot?

—Cómo no?—me responde.—Días antes, le vi por última vez en el Ministerio de la Guerra. A donde acudí a llevarle unos habanos, pues era un incorregible fumador de nuestra hoja. Le encontré muy demacrado y le dije: «André: usted está labrando su muerte. Usted se halla desprovisto de toda defensa orgánica, abusa de su gran

naturaleza y si fuera atacado ahora por alguna enfermedad, no podría resistirla porque su corazón falla». Así fué: una fiebre tifoidea le ultimó en 1932. Maginot fué tendido en Los Inválidos y la guarnición de París le rindió honores supremos. El Cardenal Verdier asistió al sepelio, que resultó apoteósico. Todo París se lanzó a la calle para ofrecer un póstumo homenaje al bizarro Sargento 44...

El doctor Domínguez Roldán se emociona vivamente.

—Para mí—confiesa—su muerte fué un golpe terrible, del que tardé más de dos años en reponerme. Me parecía vacío todo sin su amistad...

—Dónde lo enterraron?

—En la propia localidad de Révigny. No es allí, empero, sino en Verdun, donde la Francia ha inmortalizado en piedra su memoria. Yo estuve presente en el acto del develamiento y hablé en la ceremonia inaugural, pidiendo que una copia del monumento se erigiese en su panteón. Anualmente, en el aniversario de la muerte de Maginot, yo iba a Révigny a recordarle y después visitaba a su familia. Su pobre madre, que vive sola con su nieta, me recibía siempre con enorme regocijo. «No sé qué me pasa cuando le veo a usted—me dijo una vez—, pero me parece que ha venido a esperar a mi André como otras veces, y que él va a aparecer de un momento a otro». Y lloraba lloraba...

Un croto del jardín vecino se estremece, como si tuviera alma y hubiese comprendido.

EL NUEVO GOBIERNO POLACO

El hecho de que el gobierno de la Gran Bretaña haya anunciado que se dispone a enviar un cónsul a Tirana, la capital de Albania—lo que indica un reconocimiento tácito de la conquista del pequeño reino balcánico por Italia—no debe haber pasado desapercibido para el nuevo gobierno polaco de París constituido por el general Wladislaw Sikorski, presidente; por Stronski, vice-presidente; por Zaleski, ministro de Relaciones Exteriores y por varios otros ilustres desterrados. El mismo día que Inglaterra anunciaba su nueva medida diplomática encaminada a buscar la amistad del Duce Mussolini—el 31 de octubre pasado—el premier ruso Molotoff le decía al mundo—reproduciendo textualmente las palabras de Hitler—que la Polonia que creara el Tratado de Versalles no resucitará jamás».

Como se puede ver, la tarea que tiene en sus manos el nuevo gobierno polaco, es laboriosa. Y sea cual fuere el resultado definitivo de la contienda que actualmente se ventila en Europa, la empresa de restituir a Polonia a su «status» anterior a la invasión alemana, parece de todo punto imposible. Por lo pronto, de Londres han salido versiones que aseguran que la Gran Bretaña está decidida a no reclamar para los polacos la parte del botín que en el reparto de la nación que creara el mariscal Pilsudski correspondió a los rusos. ¿No hubiera sido más ventajoso para Polonia devolver a Alemania Dantzig y hasta el corredor poaco?

Por lo pronto el nuevo jefe del gobierno desterrado polaco, ha hecho declaraciones al efecto de que «está decidido a jugar su última carta». Esa última carta consiste en reclutar un ejército de 200.000 hombres entre los polacos de los Estados Unidos y el Canadá. «Hay cinco millones de polacos en Norteamérica—dijo el general Sikorski—. Esperamos que de ellos podremos sacar de ocho a diez divisiones de 15.000 a 20.000 soldados».

Cuando el doctor Ignacio Moscicki, presidente de la República polaca, se vió detenido en Rumania por los escrúpulos legalistas del gobierno del rey Carol—que no quería incurrir en la cólera hitleriana—renunció al alto cargo de que había disfrutado desde la muerte de Pilsudski e hizo posible la elección de Wyadyslao Raczkiewicz a la presidencia. Rackiewicz, a su vez, nombró a Sikorski jefe del gobierno de un país que ya no existe. La Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos—entre las grandes potencias—han reconocido ese gobierno.

Cuando se habla de Polonia—de la Polonia anterior al primero de septiembre de 1939—generalmente se habla de la Polonia de Versalles. Sin embargo, aquel tratado incubador de la nueva guerra—que fueron muchos los neutrales que así lo pronosticaron—no le concedió a Polonia más que las dos terceras partes del territorio que comprendió después. El Tratado de Versalles sólo dispuso de que pasara a Polonia el antiguo ducado de Posen y el corredor que había de darle una salida al mar mientras separaba a la Prusia Oriental del resto de la nación germana. La parte polaca de la Ucrania le fué concedida por el tratado de St. Germain de 1919. En cuanto a la Silesia pasó a su poder en 1921 mediante plebiscitos que le fueron adversos, pero cuyos resultados no la detuvieron en sus propósitos de anexión.

En cuanto a sus fronteras orientales, su extensión le costó una guerra con Rusia—la Rusia comunista—que tuvo dos fases. La primera se desarrolló en 1919, cuando los rusos tras de avanzar hasta Bialystok en el norte y Lwow o Lemberg en el sur, fueron rechazados por el mariscal Pilsudski, pero le faltaron los fondos con que proseguir la campaña.

Aoún tiempo después los rusos, rehechos, volvieron a atacar a Polonia, y esta vez penetraron



En un pequeño hotel de París se reunieron los miembros del gobierno polaco para discutir la política que ha de seguir el nuevo y desterrado Gabinete. De izquierda a derecha, sentados: Stronski, vicepresidente; Sikorski, premier; Haller, ministro de Estado. De pie, M. Stanczky; Zaleski, ministro de Relaciones Exteriores; Lados, y Strasburger, subsecretario de la Presidencia.

Esta consiste en reclutar en los Estados Unidos y el Canadá doscientos mil hombres para combatir contra los alemanes. — Molotoff dice que Polonia no resucitará, mientras la Gran Bretaña anuncia que enviará un cónsul a Tirana.—Cómo se convirtió Polonia en una nación de 390.000 kilómetros cuadrados y 35 millones de habitantes.

en ella hasta encontrarse a sólo diez millas de Varsovia. Francia le había enviado al héroe polaco, para que lo auxiliara con su estrategia, uno de los soldados más brillantes de su Estado Mayor, el general Weigand. La situación aparecía desesperada para los polacos y el general galo aconsejaba la prudencia de otra retirada estratégica. Pero Pilsudski desoyó sus consejos y se jugó la suerte de la guerra en una sola maniobra atrevida: avan-

zando en la noche con lo más florido de su ejército y haciendo un gran rodeo, atacó a los rusos por la retaguardia causando tal sorpresa y quebranto en sus filas que los desorganizó por completo.

El Tratado de Riga de 1921 entre rusos y polacos, dió a Polonia la Ucrania y la Rusia Blanca que ahora han vuelto a recuperar aquéllos. La región de Vilna, cuya capital consideraban los lituanos como la suya propia, les fué arrebatada a éstos a la fuerza en 1923. Por último, cuando el pacto de Munich desmembró a Checoslovaquia, los polacos aprovecharon la ocasión para apoderarse de una rica cuenca carbonífera de la Rutenia.

MUY BREVES

ooo

TACTICA

- ¿Qué harías si yo intentara besarte?
- Yo nunca hago frente a una emergencia hasta que se presenta.
- ¿Y si se presentara?
- Le haría frente cara a cara.

(Pathfinder).

DE LOS TIEMPOS QUE CORREN

Una vez un hombre cedió un asiento en el tranvía a una dama. La dama se desmayó de sorpresa. Cuando volvió en sí dió las gracias al caballero. Entonces el caballero se desmayó.

(News).

HORAS DE TRABAJO

- Cinco centavos por cada huevo, pero esto es un horro de caro
- Sí, señora, responde el vendedor, pero recuerde usted que un huevo es un día entero de trabajo para un gallina.

(Social Service).

BUENOS MODALES

- ¿Sería impropio que yo le besara a usted la mano?
- No, pero el beso estaría fuera de sitio.

(Judge).

PROPIEDAD

- Pero usted me dijo que no tenía mosquitos en su hotel.
- Y no los tengo; esos que usted ve no son míos.

(Traveler).

POLITICA

- ¿Quién estaba hablando en esa asamblea?
- Era nuestro senador.
- Y ¿sobre qué habló?
- La verdad es que no lo sé, porque él no lo dijo tampoco.

(Pathfinder).



Un guerrero pawamataluense de sesenta años, con todos sus arreos guerreros.

pensé. No importa. Nosotros vamos a mirarlo todo, me dije.

Era una calle ancha, no muy larga, mal pavimentada, con adoquines toscos, desiguales.

Las casas eran unos caserones de travesaños como postes, con tejados muy bonitos, de palma. No tenían puertas, y

—¡Ah!... ¡Eh!... ¡Ah!... —grité dando saltos, a ver si despertaba aquello.

Pero no tardó en aparecer un transeunte.

Era una muchacha de catorce años, con un taparrabos y un cubo.

—Buenas tardes, señorita. ¿Tiene la bondad de indicarme la casa del Famoli?

Pero en seguida me acordé de que en aquel pueblo no se hablaba el español. Le cogí el cubo y le di una pastilla de café con leche.

—Chupa, y dime.

Y, a fuerza de gestos, de ademanes y, sobre todo, con la repetición frecuente de la palabra Famoli (que quiere decir viejo jefe de tribu) acabó por entenderme.

Los "cortadores de cabezas" de Bawamataluo

(Relato de miedo)



HE aquí el relato que me hizo... Pero la explicación, después. Ahora vamos al relato.

A fuerza de andar, me encontré en un pueblo. Sí, aquello era un pueblo, no había duda. ¿Pero qué pueblo era? A ver. Revolví en mi maletón, saqué mis mapas, mis notas, mis compases y, por último, miré en mi diccionario gordo.

Pues, señor; estaba en un poblado de las islas de Nias, o Pulo Nias, isla de Malasia (Indias Neerlandesas). Oceanía por más señas, a ciento cuatro kilómetros de la costa occidental de la isla de Sumatra, perteneciente a la provincia de Tapamuli, al este de Greenwich. ¡Estupendo! Lo que más me fastidia es que luego no lo van a creer mis amigos,

Aquí están en batalla. Pero nada, ¡de broma solamente! Se trata de un simulacro que entra en la danza

me recordaban las casetas de la feria de Sevilla, pero más grandotas y recias.

Bueno. ¿Quién vive aquí?

No se veía a nadie. Lo primero que se pisaba era como una plazoleta, y a la entrada de la calle se veía una pirámide enana, de pedruscos. Casi al final, una especie de animal se comía una casa, empezando por la puerta.

Ella misma me guió hasta la casa del Famoli, dejándome a la puerta. Entré, y en una habitación como un establo sin pesebre estaba el Famoli fumando en una caña.

Por empezar de algún modo recurrí a las prácticas de mi oficio:

—Salud —le dije. —Soy viajante de linternas



¡Vaya armadura! Con ella no hay que temer las picaduras de los mosquitos. En cambio, en las piernas deben sentir cosquillas con cualquier cosa.

eléctricas y traigo esto.

Abri mi maleta y me puse a elogiar el género:

—Redondas, cuadradas, como las quiera usted. Se aprieta un botón, sale una lucecita; se vuelve a apretar, se quita la lucecita. En las noches oscuras del verano son mucho más útiles que los gusanos de luz. Pueden fundirse, pero también las luciérnagas pueden ser aplastadas por el pie...

De pronto volví a caer en la cuenta de que no se me entendía. Entonces le dije, para dárme las de algo:

—Bakamakupo pitoli kao.

Tampoco me entendió, claro. Un idioma no se improvisa.

Él sonreía, mirando con mucha atención mis linternas y haciéndome con las manos y con los brazos unos ademanes, que si me lo hacen en otro lado me lio a bofetadas con quien sea. Pero allí me volvía comprensivo.

No sabiendo qué hacer, y como yo tampoco lo entendía a él, me llevé la mano en puñito a la boca, para darle a entender que quería comer, y halando de un barreño que tenía junto, lo olió y después me lo aproximó a los morros. Lo que había en el barreño era arroz. Sí, pero bueno...

—Verá usted—le dije.—Ferdón. El arroz a mí, sabe usted...

—Sí que es usted delicado.

Del bote que di me pegue con un tronco del techo en la cabeza. ¡Me había contestado en castellano! En seguida, como para hacérmelo olvidar, se puso a dar aullidos de su tierra.

—Esto quiere decir—me aclaró, juntando su boca a mi oído—que si me descubre le degüello.

o o o

Era un chico simpático el Famoli de Bawamatalúo, que nada más que así se llamaba aquel poblado. En una aventura aérea se quedó allí, aprendió a hablar el idioma y se las compuso de manera que lo habían nombrado Famoli.

—¿Y cómo le han hecho a usted jefe de la tribu siendo extranjero?—le pregunté.

—Muy fácilmente. Porque me chupé el espíritu del último jefe con una caña.

¿Eh? A mí no me da cosa nadie, y por si me estaba metiendo embolados, eché mano de mi diccionario gordo. A ver. Donde antes: Ni... Nías. Aquí. «Les nías son, generalmente, bajos; metro y medio lo más»... No; más adelante: «Al nacer les preguntan los dioses de qué tamaño y de qué

peso quieren el alma. Lo más que un alma puede pesar son diez gramos»... Tampoco es esto. A ver. Sí, aquí. Respiré fuerte, me pasé la lengua por los labios y leí en voz alta: «Para heredar de un padre el poder, el heredero tiene que recoger en un saco o en su boca el último suspiro de su antecesor. Tienen que andar con cuidado, porque como otro lo recoja, la herencia hay que partirla entre los dos. Algunas casas están edificadas en alto, sobre postes. El poderoso expira boca abajo, y cualquier usurpador puede, haciendo un agujero en el suelo, chupar por medio de una caña hueca el último suspiro del agonizante»...

Me quedé de una pieza. El me dijo:

—Exactamente. Eso hice yo. También yo traía conmigo mi diccionario gordo. Con eso se va a todas partes. Heredé poder y riquezas a medias, y ahora soy solo porque mi compañero murió de un cólico de cocos, y ya tuve yo buen cuidado de que nadie le chupara nada.

Yo le conté lo mío. Otra aventura aérea. Un potentado de Andalucía, amigo mío, poseedor de varios aviones, me convidó a una vuelta al Mundo como pudiéramos. De pronto, tuve que soltar lastre o estábamos perdidos. Por señas me dijo que previniése mi paracaídas y me lanzase. Antes me puso un papel escrito, que aquí está...

Se lo di a leer a Famoli. Decía: «No se preocupe, que antes de cuarenta y ocho horas vienen a recogerlo».

En esto empezaron a sonar tambores: ¡Bum! ¡Bum!... Como sonaban allí mismo, volví la cabeza y vi por la puerta sin puertas de la casa de Famoli unos guerreros en círculo, ocupando casi toda la plaza, cogidos de la mano como los chicos cuando juegan al corro.

En seguida comenzaron a brincar y a cantar de un modo extraño. Famoli me tradujo lo que cantaban:

¡Oh, tú!, caído del sol
extranjero bienvenido;
chispa desprendida del cielo,
entre fuego sin llamas,
¿eres cortador de cabezas?

Al llegar aquí le supliqué a Famoli:

—Por lo que más quieras, diles que no.

—¡Calla, pesao! Precisamente te festejan. Eso que te preguntan, de si eres un cortador de cabezas, te honra. En tu honor improvisan esta canción.

Siguieron cantando, y siguió traduciendo Famoli:

¡Oh! ¡Oh! Ayer dejó el día
sus venas abiertas.

De sangre de nuestros dioses
están hechos nuestros arroyos,
que refrescan nuestro sudor
de cortadores de cabezas...

La danza, los cánticos y el ¡bum!, ¡bum! de los tambores, no dejaron de sonar ya en toda la tarde.

Famoli me contó que antiguamente había verdaderos cortadores de cabezas. Pero éstos de hoy eran unos infelices que celebraban la tradición.

—Vamos, éstos son los «típicos» de Bawamatalúo...

—Equilicual —afirmó Famoli, creyéndose que aún estaba de moda entre nosotros ese timito. De pronto, dos o tres guerreros de aquéllos, sin interrumpir su danza de brinco, entraron en la habitación de Famoli y se dirigieron a mí.

—Ahora te van a poner el kalabubu.

Me dejé hacer. Total, un gran collar de cortecitas de coco tostadas, que me colgaron al cuello.

—Te han condecorado con la Orden del Gran Cortador de Cabezas. Esto te servirá para tu propaganda en Europa.

Después, bebimos todos aguardiente de algodón a la salud del gran Famoli, chupador de suspiros de muerto.

Era la una menos cuarto por mi reloj de pulsera y aún estaban danzando y cantando los cortadores de cabezas.

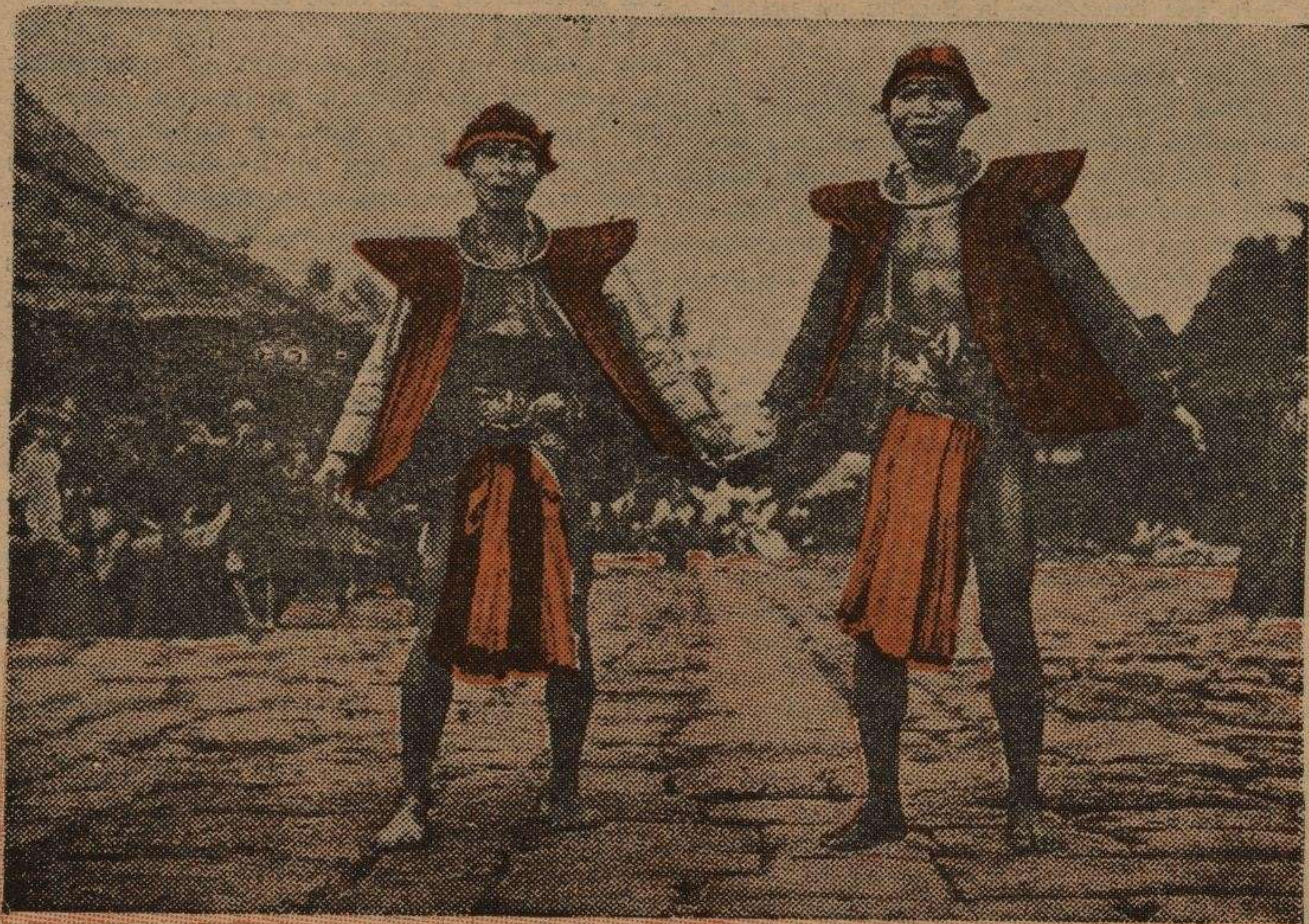
Entre unas cosas y otras, yo no me podía quedar dormido. Me habían destinado para alcoba una estera de cáñamo silvestre, que tenía chinches holandesas. Una gallina de Famoli, que andaba suelta por la casa, venía, de cuando a picarme el pescuezo. Y por la ventana de la cocina entraba el aire. No he pasado noche peor en mi vida. Y luego dicen.

Menos mal que a la mañana siguiente me recogió una avioneta de mi potentado amigo.

Esto me pasa por ser transigente. Me piden: «¿Quiere usted dar la vuelta al Mundo conmigo en avión?», y no sé decir que no.

o o o

He aquí el relato que me hizo, mano a mano, en una tasca castiza de España, un viajante de linternas eléctricas, cierta tarde del mes de junio del torrencial y dislocado año.



Esto, entre los nías, es un «baile de amistad», o como si dijéramos de sociedad

CON un criterio análogo a los ya adoptados en el Reino para dar al pueblo casas higiénicas y cómodas, la Caja de Ahorros de Libia, fué autorizada con Real Orden de Ley del 14 de julio de 1937 para constituir la «Sección Autónoma de construcción, compras y administración de casas baratas en Libia», con personalidad jurídica propia.

Para que la nueva entidad pudiese concentrar, con unidad de dirección, la gestión de todas las casas baratas y para obreros ya existentes, le fueron transferidos en propiedad, los inmuebles que para este fin habían sido construidos por los Ayuntamientos y por el Gobierno de Libia, con un valor total de liras 9.822.000 que, unidas a la cantidad de un millón asignado por el Gobierno de Libia, constituyen un «Fondo de dotación» de 10.822.000 liras.

Además, a cargo del Gobierno de Libia, ha sido asegurada a la Sección la retribución de un impuesto del 3 por 100 sobre las sumas totales que



Panorámica de una barriada obrera en Libia.

CASAS Obreras EN LIBIA



Una calle con sus viviendas nuevas—blancas y pulcras.

ella invierte en la compra y construcción de casas obreras.

A favor de dicha Sección, han sido extendidos todos los beneficios y privilegios de Ley acordados en el Reino a las entidades constituidas para las construcciones de casas baratas.

Por último se autorizó también al Gobierno de Libia para que concediese la Sección un préstamo de diez millones de liras pagaderas en un plazo de treinta anualidades.

Con dichos acuerdos financieros, la Sección, no sólo ha podido proveer a las exigencias más urgentes de los principales centros urbanos, sino que puede desarrollar sus propias actividades constructivas en los centros donde sea más perentoria la necesidad de dar conveniente demora a las familias de los obreros.

Cinco tipos diversos han sido acordados para dichas construcciones, ya sea en lo que respecta a sus fachadas, o bien en lo que concierne al número y disposición de habitaciones, con el objeto de adecuar las viviendas a las exigencias de las varias familias.

Cada casa se compone de dos viviendas; que tienen cada una normalmente tres espaciosos y bonitos dormitorios, una habitación de estar con una cocina aneja de zócola de azulejos, ducha y lavabo independientes, lavadero y azotea, con instalación hidráulica completa e instalación de luz eléctrica. A las casas construidas en Trípoli, se les ha provisto hasta de instalación de gas. Cada vivienda posee un pedazo de tierra cultivable, con una extensión media de 600 mc. utilizable como huerta para los usos de familia. Cada vivienda cuenta también con su gallinero correspondiente.

Setos vivos y pequeñas tapias limitan y cercan

cada casa, contribuyendo a dar un aspecto ordenado a las manzanas de edificios, y a las calles que a ella conducen.

El primer núcleo de casas ha sido construido en Trípoli, en donde urgía más la necesidad de dar viviendas a un gran número de familias obreras.

En el mismo Trípoli, y en los demás centros urbanos de provincia: Misurata, Bengasi y Derna, continuaron las nuevas construcciones y así en 1938—primer año de vida de la Sección—, la primera parte del programa previsto, no sólo era actuada sino que superada por el inicio de nuevas construcciones.

El programa realizado resulta evidente por estas cifras: en mayo de 1938 se inauguró el primer grupo de 48 casas en Trípoli, comprendiendo 95 viviendas, y un análogo lote de 48 casas con 96 viviendas, divididas igualmente entre los dos centros urbanos.

En diciembre de 1938 se ha iniciado un tercer lote de 48 casas con 96 viviendas en Trípoli, mientras que en Homs y en Barce se ha iniciado la construcción, respectivamente, de cinco casas con 10 viviendas y 10 casas con 20 viviendas.

La Sección para casas obreras dentro del 1939 desarrollará un vasto programa de construcción en todas las provincias de la Libia: 5 casas con 10 viviendas se construirán en Garién, Misurata Tashuma, mientras que un segundo lote de 30 casas con 60 viviendas se construirá en Sengasi.

A Derna está prevista la construcción de 10 casas con 20 viviendas, mientras que 5 casas con 10 viviendas se construirán, respectivamente, en Tobruch y Beda Littoria.

Estas últimas han sido necesarias por el hecho de que la imponente transmigración en Libia de 20.000 obreros, acuada en octubre de 1938, ha creado nuevas exigencias en los varios centros de colonización del Gebell Cirenaico donde han surgido aldeas agrícolas con un prometedor desarrollo.

Epilogando, a fines de 1939 habrán sido construidas por sus dueños al menos 594 viviendas por un total de liras de 29.322.694.

En las trescientas viviendas ya construidas se han podido alojar casi dos mil quinientas personas; en las nuevas 294 viviendas que están a punto de ultimarse, en septiembre y octubre de 1939-XVII, podrán ser alojadas otras tantas familias con prioridad para aquellas más numerosas y por un total de dos mil quinientas personas.

Por medio de la Oficina de Obras Públicas, el Gobierno de Libia ha atendido, con gastos propios,

al arreglo de carreteras, a la construcción de cloacas, a los conductos para el agua potable, mientras que los Ayuntamientos han atendido a las instalaciones de iluminación pública.

A la entidad se le ha confiado la administración de las casas baratas construidas por los Ayuntamientos y el Gobierno en parte a tipo intensivo con anejo terreno cultivable y en donde hay complessivamente alejadas casi dos mil personas.

En la asignación de los pisos se ha tenido presente, como precedencia, además de las benemereencias políticas y de combatientes las particulares y justificadas exigencias de las familias desalojadas o refugiadas en cobertizos.

Las familias que ocupan estos pisos son generalmente familias de obreros, hay casos que se hace alguna excepción, por necesidad de orden, para algunas familias de empleados con modesta retribución.

Han sido obtenidas por los ayuntamientos particulares facilidades para la distribución de agua para riego, facilitando de esta manera a los inquilinos el poder cultivar sus huertas con un gasto modesto.

Toda la dirección y vigilancia de los trabajos de construcción, están a cargo de la Oficina Técnica de la Caja de Ahorros de Libia, cerca de la cual han sido concentrados todos los trabajos inherentes para la revisión y modificación de los proyectos, y para la compilación de los dibujos y artículos de los contratos.

Para las construcciones que interesan los diferentes centros de Libia Oriental, la Dirección y vigilancia de los trabajos han sido confiados a la Oficina de Obras Públicas, que también se ocupará de todas las gestiones necesarias para las expropiaciones de los terrenos asignados a la Sección y de la compilación de los relativos planímetros.

El programa de la Sección no se limitará al ya previsto para el 1939, sino que tendrá que ampliarse teniendo en cuenta las futuras exigencias y el continuo aumento de población.

Otros problemas tendrán que afrontarse y resolverse, en consideración también de las necesidades asistenciales que hacen parte de los fines de la Sección.

La Sección tiene también intención de construir, en los mismos núcleos de casas, locales para obras de asistencia, y centros de recreo, pudiendo así las familias encontrar no sólo la ayuda benéfica en casos de necesidad, sino también el de recreo sano y educador después del trabajo.

La Sección irá adecuando su organización poco a poco a las nuevas exigencias para que pueda en todo momentos corresponder en modo perfecto y solicitado a todas las necesidades. En el desarrollo de su propia actividad podrá siempre contar con la colaboración de la Caja de Ahorros de Libia, con la de los Ayuntamientos, y con la de los órganos administrativos y técnicos del Gobierno.

El programa trazado por la Sección se seguirá con un ritmo metódico para poder conseguir las finalidades estrictamente unidas al bienestar del pueblo y de las provincias de Libia.

LA más reciente víctima del peligroso juego del espionaje internacional, una mujer llamada Nina, acaba de ser condenada a cinco años de prisión por las autoridades suizas. La prendieron en diciembre del año pasado, en compañía del delincente Roger Joel, cuando ambos se dirigían a Francia con los planos de un nuevo cañón antiaéreo perteneciente al gobierno de Berna.

Desde hace varios meses las autoridades del país sospechaban la divulgación de los secretos de las defensas nacionales y tendieron una red en la que cayeron 300 individuos sospechosos. Nina, cuyo verdadero nombre es Virginia Capt Rota, era la cabeza de una pandilla que operaba en Ginebra y hacía negocios con el mejor postor. Formaba parte de este grupo el célebre espía Paul Rochat, a quien la Secreta francesa venía persiguiendo por mucho tiempo en el continente y en los territorios de Túnez y Argelia.

ESPIAS AL POR MAYOR EN EL FRENTE OCCIDENTAL.

Las actividades del espionaje europeo están concentradas ahora en dos puntos: el frente occidental y los Balcanes. Alemania tiene, además, una bien organizada pandilla que funciona en Inglaterra y los Estados Unidos. Precisamente el mes pasado un tribunal militar de Nancy, condenó a muerte al doctor Karl Roos y mandó a prisión a otros cómplices acusados de informar al enemigo sobre los movimientos de tropas y el emplazamiento de la artillería francesa.

Roos era el líder del movimiento autonomista alsaciano. Dirigía el periódico «Elsass Lothringen Zeitung», única publicación de Alsacia que podía circular sin trabas en el Reich y que el gobierno francés hubo de suprimir con motivo del arresto de su director. Desde marzo de 1936 la Secreta venía vigilando a este hombre, por cuyo conducto se enteraban los altos oficiales alemanes que habían ocupado la Renania, de los planes franceses.

En 1928 Roos fué detenido por participar en un alzamiento contra el estado. Durante la crisis de Checoslovaquia en septiembre de 1938 y la del pasado septiembre, se comprobó que continuaba trabajando para sus compatriotas de allende el Rin.

LA CANTANTE ROSITA DERROTA A LOS AUSTRIACOS

El caso de Nina, personaje harto conocido en los cabarets de Roma, Madrid y París, recuerda el de otra famosa espía de la Guerra Mundial de 1914 llamada Rosita, italiana como Nina, que contribuyó mucho a las derrotas austriacas en el campo de batalla. En el otoño de 1917, el ejército del Emperador Francisco José avanzó arrolladoramente hasta el Piave y ocupó una aldea situada como a una milla de la margen izquierda del río. En esta aldea había un mesón con un gran patio en el centro del cual se levantaba un pozo artesiano.

Los italianos habían hecho una instalación eléctrica en el pozo y tendido cables subterráneos desde su fondo hasta el otro lado del río ocupado por sus tropas. Al llegar los austriacos al mesón, decidieron establecer allí el cuartel general de sus divisiones. Aunque la instalación conectada a un micrófono reproducía bien las conversaciones de los austriacos, eran pocos los informes que se recogían.

Los italianos mandaron a la espía Rosita al mesón. Como era atrayente, y tocaba la guitarra y cantaba con gracia, los austriacos la proclamaron reina de sus diversiones. Rosita intercataba en sus canciones, que constituían una clave secreta del ejército italiano, alusiones chistosas a las tropas invasoras y sus regimientos, y de ese modo los italianos recibieron suficientes informes acerca del enemigo para lanzar la gran ofensiva de Vittorio Veneto que eliminó a Austria definitivamente de la guerra.

UN TRANSFORMISTA EN SOFIA Y LA VALIJA DEL MAYOR PAVLICIU

El espionaje alemán está actualmente interesado en conocer las negociaciones que llevan a cabo los Aliados con los países neutrales del bloque balcánico. Ha estado trabajando desesperadamente para conseguir informes sobre el arreglo entre Bulgaria y Rumania, que liquidaría las diferencias en-

Los ESPIAS en el FRENTE

NINA Y ROSITA, DOS MUJERES DE LA GUERRA QUE AYUDABAN A LOS GENE-



RALES.—EL FRAUDE DEL MAYOR PAVLICIU EN BULGARIA.—LA GESTAPO FEMENINA DE HITLER.—COMO HINDENBURG Y LUDENDORF GANARON LA BATALLA DE TANNENBERG.

Nina, la espía italiana recién apresada y mandada a prisión en Suiza por entregar al enemigo informaciones relativas a la defensa nacional. Gay Orlova, ex amante del pistolero neoyorquino Lucky Luciano, fué arrestada en Francia bajo sospecha con ocasión de la visita que hiciera a su marido, un oficial destacado en la Línea Maginot. Sir Alfred Ewing estuvo mucho tiempo en el servicio de claves secretas del gobierno inglés durante la pasada Guerra Mundial.

tre estos dos países y abriría el camino para un entendido tripartita con Turquía. Con el arribo a Sofía de Franz Von Papien, la labor de los espías se intensificará enormemente.

Semanas atrás sucedió un incidente en la Legación de Rumanía en Sofía que revela hasta qué extremos está llegando el espionaje para apoderarse de estos secretos. Había llegado a la capital, de paso para Bucarest, un emisario del gobierno de Carol, el Mayor Pavliciu, que venía de Turquía. Pavliciu depositó en la Legación una valija llena de documentos confidenciales en la que el Ministro de su país colocaría otros para ser llevados a Bucarest. Al día siguiente, fecha de la partida, se presentó en el despacho un hombre muy parecido al oficial, que se hizo pasar por él, y desapareció con los documentos.

EL AMANTE DE LA CONDESA Y LAS VICTORIAS RUSAS

Las mujeres espías figuran hoy casi a diario en las tramas internacionales, como en la pasada guerra. Alemania cuenta con una Gestapo Femenina que se alega tiene 5.000 miembros. Hitler utiliza los servicios de media docena de agentes del bello sexo que realizan trabajos confidenciales para la Cancillería. En 1914 se dieron casos verdaderamente extraordinarios, por el estío del del negocio de vender informes que ha culminado en el apresamiento de la espía Nina en Suiza.

Una condesa italiana, que se convirtió en amante de un joven teniente austriaco, logró hurtar en aquel año la Clave Maestra de las comunicaciones del imperio de Francisco José y le propuso venta a los rusos por la suma de 400.000 rublos. Esta mujer había conseguido acceso a las oficinas del gobierno por medio de su teniente y se enteró bien donde guardaban el valioso volumen. Preparó un modelo falso del libro y un día lo sustituyó por el auténtico. Cuando el jefe del Departamento de Claves fué a consultar la obra, descubrió el fraude.

El agregado militar de la embajada rusa de-

nunció a la Condesa ante las autoridades, porque ya su gobierno poseía una copia de la Clave comprada al coronel Alfred Redl, jefe del servicio de espionaje austriaco, y gracias a ella los rusos le habían propinado sendas derrotas a sus adversarios en el frente de Galicia.

En el espionaje ruso, las mujeres desempeñan un papel importantísimo. Basta recordar que las primeras conspiraciones nihilistas contra el Zar Alejandro II, en la década de 1860 a 1870, comenzaron con el atentado perpetrado por Vera Zassulich, una jovencita revolucionaria, contra el jefe de la policía de San Petersburgo, Trepoff. Los planes terroristas no pudieron ser sofocados hasta que el Zar nombró Ministro de Gobernación al general Loris Melikoff, quien empezó por abolir el cuerpo de la policía y organizar una red de contraespionaje que averiguó las interioridades del nihilismo y puso en manos de las autoridades a los dos caudillos Goldenberg y Miphailoff.

POR QUE LOS ALEMANES GANARON LA BATALLA DE TANNENBERG

Así como los rusos tenían en su poder desde 1912 el Diccionario de las claves austriacas, los alemanes tenían el de los rusos. Sólo que los rusos sabían esto y se hicieron los ignorantes para prepararle una celada al enemigo. En los años que antecedieron a la guerra confeccionaron una nueva Clave y la guardaron. El día que estallaron las hostilidades le entregaron el volumen al general Jilinsky, quien mandó destruir todas las copias de la antigua clave.

El plan ruso era invadir a la Prusia Oriental con dos ejércitos, el primero bajo el mando del general Rennenkampf, que marcharía desde el Este, y el segundo bajo el mando del general Samsonov, que marcharía desde el sur. Los dos núcleos quedaban separados por la región de los Lagos Masurianos, de 40 millas de ancho. El Generalísimo Jilinsky le entregó la nueva clave militar, el único ejemplar existente, al general Rennenkampf. Los alemanes interceptaban las misteriosas señales enviadas a Samsonov, quien tampoco las entendía por carecer de la clave. Samsonov contestaba en



LOS HOLANDESES SE PREPARAN PARA LO PEOR.—A pesar de las repetidas aseveraciones de que su neutralidad será respetada, Holanda ha estado preparando sus defensas con el propósito de cortar el paso a cualquier invasor. Esta es una de las trincheras construidas a la orilla del mar, cerca de Schmeningue. Ciertas áreas estratégicas han sido inundadas y otras lo serían al primer aviso.

TODO el cuerpo de Holanda está infestado de sabandijas españolas. El ahogar a esas sabandijas en un gran baño, es la mejor forma de librar al país de ellas.

Estas palabras las pronunció, hace 361 años, el príncipe de Orange, al ordenar la apertura de los diques que protegen a Holanda de las aguas del mar. Las sabandijas a que se refería, eran los soldados del duque de Alba que en número de diez mil habían sido enviados a los Países Bajos para castigar a los «herejes» que, impuestos de las nuevas doctrinas, estaban quemando santos y realizando otros actos antireligiosos que preocupaban a Felipe II más que la seguridad de sus armadas o sus ejércitos.

En estos días parece que el gobierno de la reina Guillermina ha vuelto de nuevo sus ojos hacia «el gran Dique», que los que simpatizan con el pequeño país europeo, confían tendrá más éxito si hubiera que llegar a la trágica prueba, que el «general Lodo», en quien mucho confiaban los polacos. Holanda ha vuelto a abrir sus diques y a inundar algunos territorios bajos, con el propósito

la vieja clave y como era imposible comunicarse por otro medio que la radiografía, ambos oficiales convinieron en hacerlo por la clave en desuso.

El 20 de agosto de 1914 Rennenkampf le avisó a Samsonov que iba a detener su avance por tres días en espera de los trenes de aprovisionamiento. Hindenburg y Ludendorf, los generales alemanes que sólo contaban con fuerzas inferiores a los ejércitos rusos combinados, vieron en esa pausa la oportunidad para iniciar el ataque. Destacaron la caballería para observar los movimientos de Rennenkampf y empezaron una ofensiva contra Samsonov que duró tres días y bajo el nombre de Batalla de Tannenberg ha pasado a la historia como la matanza más sensacional de la última guerra. Los rusos sufrieron en este encuentro más de cien mil bajas.

—han dicho los cables—de probar sus defensas.

Respecto al «general Dique», se cuenta también una anécdota que se remonta a los días de Federico el Grande: Una vez, cuando sus granaderos —todos de más de seis pies de altura—estaban desfilando ante un importante visitante holandés,

El General «DIQUE»

se prepara para defender a HOLANDA de la INVASION EXTRANJERA

Contra él los soldados alemanes siguen siendo tan pequeños como en la época de Federico el Grande.—Los primeros soldados que tuvieron que hacerle frente al general «Dique», fueron los que envió Felipe II, al mando del duque de Alba, para que acabaran con «la herejía».—Las aguas vencieron también a los franceses en el siglo XVII, pero no contuvieron a las huestes de Napoleón.

al preguntarle el gran rey qué le parecían sus tropas, aquél le respondió enigmático: «Muy pequeñas, muy pequeñas».

Federico le pidió la explicación de aquellas palabras que no comprendía, y entonces el holandés se las clarificó del siguiente modo: «Majestad, a pesar de la estatura de vuestros soldados, se ahogarán como ratas si tratan de invadir mi país. Recuerde que se tendrían que debatir en nueve pies de agua».

Las circunstancias y los procedimientos de guerra han cambiado desde entonces, pero peligro sigue existiendo para el ejército que tratara de invadir a Holanda, por lo menos en su parte más baja. Claro que los holandeses no han limitado sus defensas a los diques que la protegen del mar. Cuentan también con dos sistemas de fortificacio-

nes, uno que se extiende desde Maestricht, en el Sur, a Arnhem y Zwolle, en el centro, y otro construido en el norte, alrededor de Amsterdam y en las provincias de Utrech y Brabante.

Pero la defensa más importante que Holanda pueda presentar a un moderno ejército, sigue consistiendo en sus diques y sus puentes. Se dice que estos últimos han sido minados y pueden ser destruidos al primer aviso.

Dos veces ha recurrido Holanda al procedimiento de abrir sus diques para inundar la parte baja de su territorio—que comprende la cuarta parte de su superficie—y de ese modo vencer, o por lo menos desorganizar, al enemigo. La primera vez, a fines del siglo XVI, los españoles del duque de Alba fueron las víctimas. En aquella ocasión la entrada de las aguas realizó estragos en las filas españolas, si bien hubieron de pasar muchas décadas antes de que Holanda se viera libre de sus conquistadores.

La segunda vez, en el año 1672, el mismo procedimiento fué seguido para detener el avance de los franceses que se encontraban ya sólo a una jornada de Amsterdam. Los holandeses obtuvieron entonces más éxito y pronto el país se vio libre, guiado por la mano de Guillermo de Orange, más tarde rey de Inglaterra, de los invasores galos.

Para obtener y mantener su libertad, Holanda tuvo que guerrear durante más de dos siglos y medio contra españoles, franceses, prusianos y austriacos. Napoleón fué el último conquistador de Holanda, una nación que tiene solamente una largura de 196 millas y un ancho de ciento nueve.

Aunque la población de Holanda asciende sólo a ocho millones y medio de habitantes, su imperio colonial, el tercero del mundo en extensión, alcanza a 69 millones de súbditos. Las colonias holandesas tienen una superficie que supera sesenta veces a la de la metrópoli.

Durante la pasada guerra europea —o guerra mundial—Holanda logró mantenerse neutral a pesar de la enorme presión que hicieron sobre ella para que se les uniera, tanto Alemania como Inglaterra. Los holandeses permanecieron fuera de la contienda, entre otras razones, porque mantuvieron en pie de guerra, completamente movilizados

y listo para responder a cualquier agresión, a un ejército de seiscientos mil hombres.

Desde 1898 en que alcanzó la mayoría de edad, dirige los destinos de la nación holandesa como soberana, Guillermina Elena Paulina de Orange Nassau, quien ha sido una reina modelo que se ha desvivido por el bienestar de sus súbditos. Se cuenta que siendo muy niña le preguntó a su madre al hallarse ante una manifestación popular, si todas aquellas personas «eran de ella». Su madre respondió: «No, al contrario. Tú les perteneces todos».

También se dice que, teniendo diez años, la reina Guillermina amenazaba a sus muñecas diciéndoles: «Si no sois buenas os haré a todas reinas y no tendréis amigas con quien jugar».

EL corresponsal en Londres del diario neoyorquino «Herald Tribune», decía en un despacho de fecha 7 de noviembre: «Llevando adelante su propósito de transferir a la bandera de Panamá ocho de sus once buques trasatlánticos, las «United States Lines»—líneas de los Estados Unidos—insertarán un anuncio en el «Daily Telegraph» de mañana, solicitando oficiales ingleses que puedan tripular sus buques».

Parece que la Comisión Marítima de los Estados Unidos había aprobado, en principio, el traspaso de los mencionados barcos a la jurisdicción panameña. Y como una medida de tal importancia, destinada a causar tan gran conmoción, no era lógico que se tomara sin ser antes aprobada por las más altas esferas, la mencionada organización naviera dió por descontado el traspaso y se dispuso a reclutar en Inglaterra los oficiales que necesitaban los buques, toda vez que la ley de Neutralidad recientemente aprobada por el Congreso prohíbe que los ciudadanos yanquis entren en la zona de guerra. De ese modo los buques norteamericanos, por el simple procedimiento de cambiar de enseña, podían continuar llevando artículos calificados como contrabando a los aliados pese a la nueva ley que había establecido la prohibición para evitar los mismos incidentes que causaron la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra.

Al tener noticias del paso que se iba a dar, el secretario de Estado, Mr. Cordell Hull, expresó su desaprobación del mismo. La medida iba a vulnerar, si no la letra, por lo menos el espíritu de la ley. El Departamento de Estado no tenía autoridad para decidir la cuestión, pero sí el deber de marcar pautas a la política extranjera de los Estados Unidos, sobre todo en sus relaciones con los países del nuevo continente. A sus advertencias respondió la Comisión Marítima negando «que la cándida desaprobación» de Hull fuera un «beso de muerte» para el traspaso, toda vez que era sólo ella quien mandaba sobre la marina mercante de Norteamérica.

Las noticias que llegaban de Hyde Park—donde a la sazón se encontraba el presidente Roosevelt— a armaron a buen número de los senadores y representantes que habían votado la ley. Arthur Krock, en el «New York Times», escribía desde Washington el mismo día siete «que las ocurrencias de la jornada», tanto en la Comisión Marítima como en Hyde Park, habían hecho perfectamente claro que la Administración, desde el presidente para abajo, habían alentado la medida y luego, al descubrir la creciente protesta, había determinado reconsiderar el asunto de nuevo». El presidente había expresado ese día ante los periodistas que fueron a entrevistarlo, «que la transacción en nada lesionaba la neutralidad de los Estados Unidos» y que «la Comisión Marítima no la hubiera consentido si ella hubiera entrañado peligro de que los Estados Unidos se vieran envueltos en la guerra».

Pero las palabras de Mr. Roosevelt, en lugar de calmar los ánimos, provocaron un torrente de protestas. El representante Sol Bloom, íntimo del presidente y líder de los demócratas rooseveltianos en la batalla por la ley en la Cámara, fué uno de los que se apresuraron a protestar, recogiendo el sentimiento popular, contra la medida de la Comisión Marítima «que vulneraba el espíritu de la ley de Neutralidad». Otros miembros destacados del Senado y la Cámara, que figuraban entre los que hicieron posible, con sus votos, la abrogación del embargo de armas, se pronunciaron también en el mismo sentido. Uno de ellos, el senador Taft de Ohio—posible candidato a la presidencia por el partido republicano—, urgió al presidente y al Departamento de Estado para que notificara a la Comisión Marítima de que su medida «era contraria a los intereses de los Estados Unidos y a los deseos del Congreso».

«Si la idea—continuó diciendo el senador Taft—



LA COMISION MARITIMA DE LOS ESTADOS UNIDOS QUE QUERIA TRASPASAR SUS BUQUES A LA BANDERA PANAMEÑA.—He aquí, en acción, a los miembros de la Comisión Marítima de los Estados Unidos que al querer traspasar varios buques mercantes a la bandera de Panamá, para que pudieran entrar en las zonas prohibidas por la ley de Neutralidad, provocaron toda suerte de protestas. De izquierda a derecha: Edward C. Morgan Jr.; Thomas M. Woodward; contralmirante Emory S. Land y Creighton Peet Jr., secretario.

Los Estados Unidos no traspasarán sus barcos a la bandera de PANAMA

La medida tenía el propósito de saltarse a la torera la cláusula de la ley de Neutralidad que prohíbe que buques y ciudadanos norteamericanos entren en la zona de guerra.—Los periódicos de Londres habían publicado anuncios solicitando oficiales que los tripularan

es la de que Panamá es sólo una dependencia de los Estados Unidos, a quien incluso se pudieran reclamar los buques por la fuerza si objetaran (más tarde) a ello, entonces el plan es un subterfugio cobarde que tiene el propósito de evadir la cláusula de «cash and carry» (pagar al contado y embarcar la mercancía en los buques del comprador» de la ley de Neutralidad».

Mientras tanto la Unión Marítima, en representación de los obreros del ramo, se había dirigido también al presidente Roosevelt, por medio de su presidente Joseph Curran, protestando de un traspaso que dejaba sin empleo a las tripulaciones norteamericanas de los mencionados barcos. Curran llegó a amenazar al gobierno con una «mar-

cha sobre Washington» por tres mil miembros de la mencionada organización.

Al fin Mr. Roosevelt, convencido de que la medida de la Comisión Marítima era impopular, determinó ponerle el veto. El 14 de noviembre escribía el corresponsal del «Herald Tribune» en Washington:

«El presidente Roosevelt, en su conferencia de Prensa de esta tarde, hizo claro que vetará cualquier plan que tenga como propósito saltar por sobre la ley de Neutralidad y traspasar buques de la marina mercante norteamericana a la bandera de Panamá o cualquier otra república de América. De ese modo ha resuelto la controversia que ha tenido repercusiones no solamente en toda la nación sino también en el extranjero».



bría visto. En cualquier caso, carecía de importancia, si el chófer confirmaba la primera parte de la historia. Phillips no podía haber llegado a Amsterdam y regresar en dos horas, ni aun por aire. Si uno de los hermanos había estado en Holanda, tenía que ser Harold.

Este, sin embargo, no pudo ir, en apariencia. Puso en marcha su motocicleta a las ocho y media, viajando por Woking. La máquina se descompuso y debió empujarla a lo largo de una milla o más hasta un garage de Basingstoke, al que llegó a eso de las doce. Allí le dijeron que la motocicleta estaría lista poco después de las tres, así es que Harold resolvió almorzar y quedarse en un cine durante una hora o dos. La película —una de Greta Garbo—, lo mantuvo interesado hasta las cuatro. Recogió después su máquina y recorrió las diez millas restantes, llegando a la hora del té.

Entrando en detalles, Harold manifestó que guardaba su máquina en Londres, en el garage Hawkworth, de Wardour Street; el garage de Basingstoke donde hicieron las reparaciones se llamaba algo así como Fairfax; no conocía el nombre del restaurante, pero quedaba en la calle principal, frente a la municipalidad. Harold vestía un «overall» caqui sobre su traje azul. George se había encargado del transporte de su equipaje, salvo un pequeño maletín que él mismo llevó en la moto. Nada sabía del robo. En cuanto a la noche anterior, había salido de la oficina a las 5.30. Jugó una partida de billar, nadó un rato, cenó en el Sports Club y se fué temprano a casa para empaquetar sus cosas.

Jack Freestone, con quien jugó al billar, podría probar sus palabras; quizá también el encargado del baño; el propietario del garage Hawkworth; el del garage de Basingstoke; el personal del restaurante...

Si era así, pensó Poole, tendría que desear su teoría de que uno de los dos hermanos había estado en Amsterdam. De todos modos, valía la pena probar.

Antes de acostarse, Poole fué a la estación policial de Whitechurch y habló por teléfono con

el Yard. El sargento Grower había llamado ya desde Amsterdam, informando que las autoridades postales holandesas estaban seguras de que ningún paquete había llegado desde Inglaterra a manos de tallistas sospechosos; todos los «sospechosos» eran vigilados por la policía. Poole pidió que se ordenara a Grower una investigación en el extremo holandés del servicio aéreo.

A la mañana siguiente, Poole obtuvo de un chófer y de un mozo de cordel, la confirmación de las horas de llegada de los dos Phillips y de su equipaje. Para simplificar su tarea, Harold se ofreció a acompañarlo a Basingstoke. George regresó a Londres para conversar de negocios con sus asociados.

Harold, una réplica más joven y más delgada de su hermano, se puso el «overall» que llevaba el día anterior, para asistir a la identificación.

Un camarero y un cajero del restaurante «creyeron haberlo visto», aunque estaban demasiado ocupados para fijarse con detenimiento en los parroquianos. La gente del garage lo identificó también y confirmó las horas de su llegada y de su partida. El mecánico recordó haber visto el maletín en la parte trasera de la moto; el cliente se lo llevó consigo cuando fué a almorzar. Harold no había referido antes este detalle, pero lo hizo ahora, diciendo que el maletín contenía algunos documentos y dinero. Nadie recordaba, en el cine, haber visto a Harold, cosa que no era de extrañar. Hasta ese momento, pues, la coartada surtía efecto, aunque Poole sabía por experiencia que aún podría encontrarle la falla.

Dejando que Harold Phillips regresase a Whitechurch, Poole volvió a Londres y pronto descubrió a Biggut, el chófer que había conducido a George Phillips a Waterloo la mañana anterior. Biggut hizo lo posible por llegar antes de las 9.30, pero no lo consiguió. A una pregunta del detective dijo que más de una vez había llevado a Phillips en su coche y que nunca debió correr con tanta prisa, ya que su cliente prefería llegar siempre con diez minutos de adelanto. Era aquella una interesante excepción a una costumbre de años.

Poole no tuvo dificultades en dar con el mozo de cordel que se había hecho cargo del equipaje de George Phillips. Sí: había perdido el tren el señor. El cuidó del equipaje y lo embarcó en el de las 11.31. No vió a Phillips cuando subía al tren, pero como ya había recibido su propina no le interesó el detalle.

En la boletería, Poole se enteró de que se habían expedido dieciséis pasajes a Whitechurch, dos de primera y catorce de segunda clase. El empleado no recordaba a los adquirentes, pero parecía que uno de los billetes de primera clase había sido expedido por la mañana y otro por la tarde. El mozo de cordel confirmó el hecho de que «el señor» había tomado un billete de primera. El pasajero llevaba un pequeño maletín, y todo lo demás viajó en el furgón, incluso dos aparejos de pesca, objetos que, según su experiencia, todos los viajeros llevaban siempre junto a sí.

Aunque la historia de George Phillips había sido confirmada por el chófer y el mozo de cordel, resultaban de ella uno o dos puntos interesantes, tales como la habitual puntualidad del hombre y su falta de cuidado para los aparejos de pesca. En cuanto a Harold, la coartada servía pero no resultaba convincente del todo.

En procura de nuevas confirmaciones para el relato de Harold, el detective volvió al All British Sports Club. Encontró allí a Jack Freestone, quien se acordaba muy bien de la partida de billar. El encargado de las toallas, que las suministraba para el baño turco y para la pileta, volvió a declarar que no conocía a Harold Phillips de vista, y el examen de la fotografía no sirvió para aclararle la memoria. El portero de la calle recordó que fué más cerca de las siete que de las 5.30 cuando vió entrar a Harold Phillips.

Este fué el primer punto definido en el relato del joven, que se prestó a dudas. Poole se preguntaba por qué razón. De pronto, lo asaltó una idea: el encargado de las toallas había dicho al propósito de la hora de salida de Levi y George Phillips) que él no estaba de servicio entre las siete y las ocho. Si Harold Phillips llegó efectivamente a las siete para tomar su baño, ese hombre no se encontraba en su puesto. Valía la pena interrogar al sustituto. Aunque si Harold había entrado a las siete, ¿cómo se conciliaba eso con la partida de billar?

El sustituto, que trabajaba ahora en el vestuario, no conocía a Harold Phillips de nombre, pero cuando se le mostraron las fotografías de los dos hermanos, los reconoció a ambos. El mayor había salido del baño turco durante su hora de trabajo en el toallero (7 a 8 de la noche) y había sacado sus cosas de uno de los cajones cerrados; lo acompañaba otro caballero, de aspecto judío, que había hecho lo mismo.

—¿El caballero judío encontró sus cosas en orden en el cajón?— dijo Poole.

—¡Oh, sí, señor! Me fijé en eso, por el cuidado que puso en el examen.

En cuanto al caballero más joven de la fotografía, estuvo en la pileta de natación muy poco tiempo, por cierto, y salió diez minutos antes que su hermano.

Una vez más, Poole visitó el baño turco. Su conversación con los encargados lo llevó al lavatorio que comunicaba con el cuarto de vestir, donde el detective se abstraía, aparentemente, en la teoría y práctica de la ventilación. Cuando salió de allí, una sonrisa vagaba por sus labios. De regreso al Yard, se comunicó con Grower, en Amsterdam.

—Creo que tengo algunas novedades para usted —le dijo el sargento—. Cuando llegó esta mañana la fotografía, se la mostró a la gente del aeródromo holandés. Están seguros de que ninguno de los dos hombres llegó aquí ayer, pero sí de que uno de ellos partió para Inglaterra en el avión de las 12.15. El más joven se registró como «Roberts».

—¡Bien, Grower! —exclamó Poole—. ¿P.e.g.u.

—¿Usted a qué hora llegó ayer a Amsterdam el avión de Inglaterra?

—Sí, señor. Diez minutos antes del horario: a las 11.50.

—¿Y no viajaba nadie que se pareciera a Phillips?

—Dos hombres podían haber sido él, según el peso y la estatura. Uno bien afeitado y el otro con barba y lentes.

—Hoy llevaba sus propios bigotes —dijo Poole—. Debe haber sido el de la barba. ¿Habrá tenido tiempo para entregar las joyas, cambiar de apariencia y tomar el avión de vuelta?

—Pregunté eso, señor. Me dicen que sí, si el hombre hubiera preparado bien las cosas de antemano.

La cuestión a resolver ahora era la de cómo había aparecido Harold Phillips en una moto en Basingstoke más o menos a la misma hora en que partía para Amsterdam en aeroplano. Evidentemente, no era él. ¿Quién era? Evidentemente también, su hermano George, disfrazado con un «overall» y bigote negro. ¿Cómo lo habría hecho? Poole recordó que el mozo de cordel de Waterloo había dicho que George Phillips conservó en su poder un pequeño maletín; allí guardó, sin duda, el «overall». George pasó seguramente al lavatorio y allí se cambió, colocándose de paso el bigote. Luego fué a recoger la moto de Harold. Este la había sacado del garage de Wardour Street «más o menos a las 8.30». Se presentó en la Airways House con barba y sin «overall» a las 8.40.

Así fué. A la tercera tentativa, Poole descubrió un gran garage nuevo, cerca de Coventry Street, lo bastante bien organizado como para llevar un registro de las chapas de los vehículos, así como los nombres de sus depositantes. Una motocicleta marca Rampant, de cuatro caballos, chapa XX2320, había sido depositada a las 8.30 de la mañana anterior por un tal «Roberts», quien la retiró a las 9.45. Interrogado acerca de ese Roberts, el mecánico describió a Harold Phillips; no se le ocurrió que el hombre que retiró la moto una hora más tarde fuese distinto al depositante, pero «ahora que lo pensaba», el depositante le pareció más delgado y más joven que el otro que vino después. Recordó que éste ponía en la moto un pequeño maletín.

George Phillips, entonces, había llevado esa motocicleta a Whitechurch, y Harold viajó por tren. Pero... un momento. El hermano que había llegado por tren se encontró en Whitechurch a las 2.59, cuando Harold se hallaba aún en los aires. Lo que es más, llegó, debió llegar, sin bigote, bajo la apariencia de George. Era positivo que fué George quien llegó, cosa que no dudaba en absoluto el propietario de la posada. Esa, por supuesto, era la explicación del largo retraso y del intervalo cinematográfico en Basingstoke. Fué entonces cuando Harold y George volvieron a trocar sus identidades. Pero, ¿cómo?

Poole consultó un horario y descubrió que para llegar a Whitechurch a las 2.59, George debió subir al tren en Basingstoke a las 12.56. Ese tren era el que partía de Waterloo a las 11.31, y en el que el mozo de cordel había dejado su equipaje. En la motocicleta de Harold, llegó a Basingstoke a «eso de las doce», de modo que pudo tener tiempo de almorzar en el restaurante, lo que formalizaba la coartada de Harold. Después de eso había tomado el tren en el carácter de Harold, se quitó el «overall» y el bigote, los puso en el maletín que el mecánico del garage de Basingstoke había advertido que el hombre se llevaba consigo, y llegó a Whitechurch correctamente, como George.

¿Qué habría hecho Harold? Era incuestionablemente él quien retiró la moto del garage de Basingstoke «poco después de las cuatro». ¿Cómo lo hizo? La guía indicaba un tren que partía de Waterloo a las 3.30 y llegaba a Basingstoke a las 4.40. Era bastante «después de las cuatro», pero la cosa no resultaba imposible. Era menester interrogar detenidamente al mecánico del garage acerca de la hora de partida. Pero ¿era posible que Harold, saliendo de Amsterdam a las 12.15, alcanzase el tren de las 3.30 en Waterloo?



Poole recorrió las páginas de la guía hasta que encontró «Servicios aéreos». El avión de las 12.15 de Amsterdam depositaba a sus pasajeros en la Airways House, después de un viaje en el ómnibus de la compañía, a las 3.30!

¿Qué obstáculo imprevisto era ese?

Un segundo examen demostó que el aeroplano llegaba a Croydon a las 2.45. Eso hacía más probables las cosas. Si el ómnibus llegaba a Haymarket a las 3.30, un «taxi» tardaría menos en llegar a Waterloo. Así que Harold había alcanzado el tren de las 3.30 en Waterloo, llegando a Basingstoke a las 4.40, vestido con un «overall» semejante al otro y con un maletín igual. Recorrió su motocicleta y llegó a Whitechurch a tiempo para el té. La única parte de la coartada que no encajaba con esta doble historia era el cinematógrafo.

x x x

A las 8.30 de la mañana siguiente, el inspector Poole visitó la casa de los Phillips e invitó a George a que lo acompañase para una vaga diligencia de «identificación». George, dispuesto a cualquier cosa, accedió. Diez minutos más tarde, otro inspector de policía, Travers, hizo lo mismo con Harold, quien se mostró menos voluntarioso.

A las 8.45, el baño turco del All British Sports Club está habitualmente vacío, aunque los encargados se encuentran en él. Esa mañana se sorprendieron al ver a un socio, acompañado por el secretario de la institución y de otros dos hombres (uno de los cuales era evidentemente un detective), penetrar en la habitación destinada a vestuario, sin quitarse los zapatos ni solicitar una toalla. Según advirtieron, el señor Phillips estaba conversador, pero muy pálido. Indicó a sus acompañantes el compartimento en el cual él y Levi habíanse desvestido para el baño dos noches antes.

—¿Y quién se desvistió primero, señor Phillips? —preguntó el detective.

—No puedo recordar ese detalle —repuso George.

—Sí, señor. El otro caballero estuvo listo antes y pasó al baño. El señor Phillips lo siguió uno o dos minutos después.

—¿Y? ¿Fué directamente a los baños?

—Creo que pasó antes por el lavatorio, señor.

—¿Quiere indicarnos eso?

El pequeño grupo pasó del vestuario al lavatorio. Era una estancia amplia, con dos «water-closets» y numerosos lavabos. La pared opuesta a

la puerta no llegaba al techo, sin duda para facilitar la ventilación.

—¿Entró usted aquí, señor Phillips? —preguntó Poole.

George Phillips lo miró, pero antes de que pudiese contestar oyóse el tintineo del acero sobre el mármol. Una llave yacía en el suelo, a sus pies.

—¿Fué así como su hermano le devolvió la llave de Levi? —preguntó el detective.

Phillips se volvió con la velocidad del rayo en dirección a la puerta, pero fué detenido por el detective inspector Rawton.

—Tráigalo, Travers —ordenó Poole.

Pocos segundos más tarde, Harold Phillips, acompañado por el inspector Travers y otro detective, se unió al grupo en el baño turco. Los hermanos eran estrechamente vigilados y prefirieron encerrarse en un mutismo completo.

x x x

—Cuando estuve por primera vez en el baño turco —explicó Poole a su jefe—, descubrí que el lugar tenía una sola puerta, y que George Phillips no se había acercado a ella entre las horas de llegada y de partida; eso parecía descartar la idea de que hubiese pasado a alguien de fuera la llave de Levi; pero cuando me enteré de que Harold había sido visto en el club más o menos a la misma hora y que habiase servido de la piletta de natación contigua, que tiene conexiones con la sala de baños turcos, no pude tomar eso como una coincidencia. Examiné el sitio otra vez y descubrí que los lavatorios de los baños turcos y de la piletta eran contiguos, y aunque no hubiese puerta entre ellos, estaba, sí, el agujero para la ventilación.

«Los movimientos de Harold resultaron difíciles de seguir, porque en un edificio grande como éste no es posible fijarse con cuidado en lo que hace cada socio y, por otra parte, los encargados de las distintas secciones son relevados frecuentemente por otros. He aquí cómo ocurrieron las cosas, sin embargo: Levi y George Phillips cerraron la caja fuerte y sus cajones y se dirigieron a los baños turcos. Allí, Levi encerró sus llaves y su cartera en un cajón o, mejor dicho, el encargado las guardó en el cajón, entregando la llave de éste a Levi. George también guardó algunas llaves y una cartera, pero conservó la llave de la caja fuerte en su bolsillo. Cuando se desvistieron, cerca el uno del otro, George se retrasó con una excusa cualquier y en cuanto Levi pasó al baño turco, George le sacó de entre sus ropas la llave del cajón y pasó al lavatorio.

«Entre tanto, Harold había llegado al club media hora antes, jugó una rápida partida de billar a manera de coartada, fué a la piletta, guardó sus pertenencias y tomó un baño o quizá fué directamente al lavatorio de la piletta. Allí aguardó hasta que George silbara, repuso con otro silbido (estas son suposiciones mías) y George le pasó la llave del cajón de Levi y su propia llave de la caja fuerte por la abertura de ventilación. Harold se acerca entonces al encargado de las toallas llevando en la mano la llave de Levi, y abre el cajón que contiene las llaves privadas de éste y su cartera. Hay tantos socios que entran y salen, que los encargados no pueden precisar de qué cajón se trata; en determinado caso, se limitan a entregar las cosas que contiene el cajón a la persona que les tiende la llave correspondiente.

«Harold sale del club, vuelve a Hatton Garden, abre la puerta de la caja y los cajones con las llaves de George y de Levi, toma los diamantes, vuelve al club (fué visto cuando entraba a las siete), penetra en la piletta, guarda las llaves y la cartera de Levi en otro cajón y, cuando se produce otra vez la señal, devuelve la llave a George en el lavatorio de los baños turcos. George desliza esa llave en los pantalones de Levi, quizá cuando ambos se vestían. Levi encuentra su cartera y sus llaves en perfectas condiciones, sin darse cuenta de que se hallan en un cajón distinto. Por fin, Harold recoge sus propios efectos con su propia llave, que no ha salido de su bolsillo. Y luego, Amsterdam... y el presidio.»



inmutables. Como buen europeo y, especialmente, como buen inglés, desde su lejana adolescencia aprendió el uso del paraguas, como el mejor medio de evitar la lluvia fina y continuada que de modo permanente azota aquellas latitudes. Cuando la política lo llevó a ese primer plano de grandes responsabilidades; cuando su figura, sus gestos, sus palabras eran y siguen siendo reproducidos en todas las publicaciones del orbe; cuando los destinos de Europa, en proporción considerable, podía cambiarlos según los dictados de su voluntad, Chamberlain no olvidó un solo día el uso del paraguas, su compañero inseparable. Hasta en sus dos viajes relámpagos a Alemania que culminaron en el buñuelo de Munich y que alejaron la guerra por unos meses, su paraguas iba estrechamente unido a sus puntos de vista políticos. Lo exhibió en Berchtesgaden, lo paseó por las empavesadas calles de Munich y lo retornó a Londres, flamante e indemne. Ahora que la guerra azota a su imperio, además de su máscara contra los gases venenosos, sigue utilizando su paraguas en forma inmutable.

Hasta los periódicos ingleses, dentro de la gravedad del momento, bromean con el paraguas de su Premier. En una caricatura que vi hace pocos días reproducida en un diario de la Habana, el paraguas de Chamberlain servía para provocar

Un «garden party» de los soberanos ingleses, bajo la lluvia y entre paraguas.



Un dibujo de Gavarni en que muestra, en toda su plenitud, los monumentales paraguas de la época.

A HORA que, a juzgar por el calendario, el calor se ha ido en definitiva y comienzan para Cuba las intermitentes lloviznas de invierno, el paraguas, en toda su sana utilidad criolla, vuelve a un plano de práctica actualidad. Los supervivientes de los tiempos coloniales lo seguirán portando cada vez que el cielo aparezca encapotado. Es una vieja costumbre apegada a la tradición, de la que no es fácil desprenderse. El paraguas, bajo nuestros aguaceros rápidos y fuertes, resulta un artefacto de escaso provecho, que ha brindado a los cubanos golosas lascas de humorismo

Pero hoy no es en Cuba sólo donde el paraguas resulta motivo de risa. El mundo entero, gracias a Chamberlain, también se carcajea. El Primer Ministro británico es un hombre de tradiciones

El rey Luis Felipe, recibiendo un Gran Premio de Virtud, con su majestuoso paraguas bajo la axila.

Las Glorias del PARAGUAS

por Renato Villaverde

SUS ILUSTRES PORTADORES: CHAMBERLAIN, EL NEGUS, LUIS FELIPE. UNA ESTIRPE REGIA. LOS MILENARIOS PARASOLES DE LOS CHINOS, ASIARIOS Y EGIPCIOS. SU IMPRESCINDIBLE NECESIDAD EN LOS «GARDEN-PARTYS» DE LOS SOBERANOS INGLESES



sonrisas. La caricatura en cuestión mostraba un restaurant «chic» de Londres a donde llegaba una encofetada señora envuelta en un costoso abrigo de pieles. La «girl» de la guardarropía se brinda para custodiárselo; pero la dama, temerosa de un posible extravío, duda en desprenderse de él. Para disipar sus aprensiones, le dice la empleada como un argumento decisivo: «Puede dejarlo con toda confianza, señora; hasta Chamberlain, cuando nos visita, siempre nos confía su paraguas»...

El paraguas, pues, por obra y gracia del Primer Ministro inglés, ha llegado a su más alto grado de popularidad. Cuando Chamberlain muera, es muy posible que algún museo británico recoja y exhiba su paraguas, al igual que en París se muestran a los ojos curiosos las plumas con que escribía Víctor Hugo, el tintero que utilizaba Balzac para plasmar las páginas de sus novelas realistas y el gorro de dormir que usaba Clemenceau en sus noches tormentosas.

El éxito del paraguas que, como una antorcha luminosa, mantiene en alto Chamberlain en los tiempos que corren, tuvo también, hace unos cuatro años, otro paladín de fuste que no debemos silenciar, ya que hoy nos hemos dedicado a cantar las glorias del vapuleado aparato para preservarse de las lluvias.

Todos, sin excepción, habrán comprendido en el acto que me refiero al pintoresco Haile Salassie, el maltratado Negus de Abisinia. Cuando Mussolini comenzó la campaña de Africa, el Rey de Reyes cobró una actualidad en el mundo occidental como jamás la hubiera soñado el Emperador del más viejo reino cristiano que existe en el mundo.

Su figura hierática de dios antiguo, en todas posiciones, fué reproducida en Occidente. Su barba oscura y afilada como daga, sus manos largas y huesudas, la comba pronunciada de su frente amplia, sus ojos negros y penetrantes acostumbrados a mandar, su porte distinguido envuelto en su túnica milenaria, desfilaron ante nuestros ojos como un nuevo mártir del Coliseo romano. Vimos su palacio de Addis Abeba, su corte, sus colaboradores principales, sus caballos y sus leones... y vimos también, como una revelación para la rigolada, el imponente paraguas que lo acompañaba a todas partes en su reino, y después fuera de él, cuando las tropas italianas provocaron la desbandada del Emperador y de su corte, y tuvo el Negus que emigrar a Europa refugiándose en una Inglaterra que lo desahució por completo.

En todos sus momentos de angustia y en sus derrotas más amargas, primero ante las invictas huestes de Mussolini y después cuando la Liga de las Naciones, en su fastuoso e inútil Palacio ginebrino, echó las últimas paletadas de tierra sobre la tumba de su Imperio, el Rey de Reyes no abandonó un instante el apoyo inestimable de su resistente paraguas. Fué báculo para su pena y testigo para su dolor...

Las posibles glorias de Chamberlain y el completo fracaso de Haile Salassie serán simbolizados, en las generaciones futuras, por la cetrina cúpula de un paraguas.

Este adminículo de la burguesía llegó a las puertas de Europa hace muy poco tiempo. Los estudiosos de tan importante materia, afirman que Londres obtuvo el privilegio, gracias a su benemérito ciudadano Jonás Harway, de haberse servido del paraguas por vez primera. Francia, por su parte, trata de reivindicar para ella los honores de tal angusta iniciativa.

Pero si quisiéramos hallar el verdadero origen del paraguas, tendríamos que adentrarnos en la noche de los tiempos. El moderno paraguas no es otra cosa que una adaptación manuable de los milenarios quitasoles de los chinos, los asirios y los egipcios. Hace unos cuatro mil años estos pueblos veían en los parasoles un símbolo de la realeza. El Rey de Ava usaba el pomposo título de Señor de los Veinte y Cuatro Parasoles. Los



Mr. Chamberlain, con su paraguas, pero sin abrir. Era el día en que lo usó de manera bélica. (Foto tomada el 3 de septiembre, día de la declaración de guerra)

soberanos no se exhibían en público sin ir guarecidos por enormes y multicolores paraguas que eran sostenidos por sus forzudos servidores. En los viejos bajo-relieves asirios, en las miniaturas persas y en los dibujos chinos se canta la majestad del parasol, como gráfica muestra de su vetusta importancia.

La Roma de los Césares se dejó tentar asimismo por la pomposidad de los parasoles. Los grandes señores los exhibían orgullosos en las aristocráti-

cas termas romanas. La pluma retórica de Plinio nos los describe con vivos colores. En la Edad Media también figuró con prestigio el quitasol en las procesiones religiosas. Fué relegado al olvido cuando los palios nacieron a la vida, más majestuosos y más señoriales.

Poco a poco el quitasol fué democratizándose. Las gentes se percataron de los servicios que prestaba para defender a los peatones de las lluvias. Europa lo fué despojando de su halo semi-divino y convirtiéndolo en los vulgares paraguas. En el argot francés al «parapluie» se le llama «riflard», desde que un actor célebre, caracterizando un personaje de este nombre, sacó sobre uno de los escenarios de París un gigantesco paraguas que hizo las delicias del público.

Bajo el reinado de Luis Felipe, fué cuando el paraguas se generalizó en Francia. El Rey tuvo mucho que ver en la implantación de la moda. El mismo, como un predecesor afortunado de Chamberlain, lo usaba con gran frecuencia. Luis Felipe y su paraguas eran uno solo. No lo abandonaba jamás. Una caricatura de la época—que sacamos de nuestros archivos para reproducirla aquí—nos muestra al soberano, ganador de un Gran Premio de Virtud, inclinándose para recibir sobre la testa una corona de hojas simbólicas. Puede verse su paraguas, brotando bajo la axila del soberano, como un gigantesco arpón clavado en el lomo de un cachalote.

En la actualidad, en Europa, el paraguas se utiliza mucho. La burguesía británica y francesa no lo suelta de la mano. Pero su uso, en Inglaterra, se adentra también en la aristocracia. Raro es el «garden-party» ofrecido por los soberanos ingleses que no se deslice bajo una lluvia fina e inevitable. Las damas encofetadas y los señores, dentro de sus chaquets y bajo sus chisteras grises, se guarecen bajo las sombrías combas de los protectores paraguas. De este modo tienen que divertirse en los jardines de los monarcas...

Así, pues, el paraguas que nosotros los criollos miramos burlescamente, es altamente apreciado en Europa, especialmente en Inglaterra. Y si alguna duda cupiese sobre esta afirmación, ahí está Chamberlain para corroborarla. Su brillante actuación pasará a la historia con letras de oro, donde quedará como un indiscutible paladín de la paz y del paraguas...

Noviembre, 1939.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

1.—Un famoso hombre de ciencia norteamericano que recibió en 1934 el Premio Nobel de Medicina —junto con los doctores Whipple y Murphy—por haber descubierto un método contra la anemia perniciosa mediante el uso de hígado.

2.—Un reciente estudio sobre las causas de la obesidad ha demostrado que más del setenta por ciento de los examinados eran hijos de padres excesivamente gordos.

3.—La fractura de un hueso que produce una herida que se abre a través de la piel. Son peligrosas porque se infectan. Cuando un hueso se rompe por más de un lugar, se le llama fractura múltiple.



Al Capone, cuando se refugiaba en su residencia de Miami, parecía mucho a un gran señor. Ahora vuelve a su palacete floridano.

LE VIERON EN TIJUANA DAR PROPINAS. SUS PISTOLEROS SIEMPRE LE SEGUIAN. PERO ESTA EN DECADENCIA EL REY DEL HAMPA. LO ACECHAN REMORDIMIENTOS INNUMERABLES

YA ha salido Al Capone—el Emperador de Hampa yanqui—de la prisión en que fué recluido, no porque se le sorprendiera en flagrante gangsterismo, sino porque se le pudo probar que había defraudado al Tesoro de los Estados Unidos, al dejar de pagar el impuesto de «sueldos y utilidades», durante muchos años.

¿Saldrá transformado? ¿Volverá a sus andanzas? ¿Es tan difícil hacer predicciones! ¿Vendrá a México? Si viniera no sería ésa la primera vez. Porque, como ustedes lo oyen: Al Capone, el más célebre de los gangsters norteamericanos, una de las figuras que más brillan en la pantalla de la notoriedad de estos momentos, estuvo en Tijuana hará unos quince años, poco antes de que cayese en las garras de quienes lo hundieron en la penitenciaría.

Quien lo vió—el gran peluquero mexicano Nieto—refiere que cuando Capone iba a llegar a aquel espléndido paraíso de los vicios, un grupo de sus esbirros, italiano por cierto, se presentó un buen día para explorar minuciosamente el terreno y preparar de ese modo la visita de su jefe. Capone era entonces un entusiasta por las carreras de caballos, un jugador que sabía jugar, que sabía divertirse, que derramaba el oro a manos llenas en los tapetes de la ruleta, que se daba vida digna de sus millones y, si no, que lo digan sus famosas vacaciones en aquel palacio de Florida, en donde públicamente, descaradamente, se reunía con sus numerosos invitados para darle vuelo a sus placeres y para tener un gusto supremo: el de agasajar, el de hacerse admirar.

—En esa época—dice Nieto—se habló mucho de que Capone perdió la graciosa suma de 250.000 dólares, haciendo apuestas en las carreras de ca-

ballos en Tijuana. Hay testigos de que el «Cara Cortada» se divirtió bastante y, como pocas veces, también, supo derrochar dinero, dando propinas, haciéndose servir como un rey, sobre todo paladeando los mejores mariscos y los caldos más deliciosos. Porque es un hombre de gustos refinadísimos, un verdadero «Courtmet».

En su bodega, los vinos más ricos

—Es fama—agrega nuestro interlocutor—, que Capone, en aquella ocasión, se hizo llevar de Chicago un buen lote de su bodega, en la que sus esbirros contrabandistas habían acumulado los mejores vinos añejos, los vinos de las cosechas últimas y de las reservas más codiciadas en Europa. Y no sólo una, sino varias veces, se presentó en público, siendo únicamente de lamentarse que su temporada en Tijuana no fuese tan larga como cuando se iba con su envidiable tren de lujo a la residencia palaciega que tenía en Miami, en donde, bien sabido es, ni el Príncipe de Gales lucía un séquito y un boato tan insolente.

Nada de extraño tiene, a la verdad, que Tijuana sea y haya sido, durante mucho tiempo, un imán irresistible para toda la gente que, en diversos rumbos, gustan tener a sus anchas los placeres desenfundados. Tijuana contaba entonces con siete u ocho mil habitantes de población fija; pero la flotante, la formada por la gente que iba y venía, sobre todo por los turistas, pasaba de quince mil. La cifra no es exagerada, pues ella corresponde a la brillantez de aquellas temporadas de carreras, en la que se llegaba al máximo, siendo algunos años de 25 a 30.000 personas que llegaban de los Estados Unidos, especialmente. Eran gentes de todas las razas y categorías, desde el millonario hasta el trapero, desde la gente de buenas

costumbres hasta los que gustan de levantarse a las doce del día. Y como la línea divisoria estaba abierta de luz a luz diaria, se comprenderá por qué había más concurrencia en la noche.

Tijuana contaba también con varios hoteles perfectamente modernos. Hoteles que ofrecían desde excelente restorán y cabarets bien montados, hasta peluquerías, baños eléctricos, baños turcos, salones de belleza, masajistas, cocina «up-to-date», la mar y sus caracoles.

Por otra parte, el hipódromo de Tijuana era el mejor del mundo, y esto hay que decirlo sin que con su simple recuerdo se exalte el orgullo mexicano. La temporada de carreras duraba tres meses, habiendo dos al año: una en invierno y otra en verano. Las cantinas eran de primera clase, siendo bebidas corrientes los cocteles, el coñac, el whiskey y—asombraos—el tequila, el clásico tequila, que tanto gusta a los yanquis, hasta que lea cuece los sesos. Acudían—claro está—numerosos contrabandistas, jugadores, gígalos, actores de cine, agentes viajeros, mujeres alegres, vagabundos de toda calaña. Era una verdadera corriente que iba desde San Diego, California, como en busca de un remanso, entendido que esa corriente era continua durante la época de la Prohibición en los Estados Unidos. Algunos de los millonarios llegaban desde San Iago, a bordo de sus yates.

Volviendo a las atracciones que ofrecía Tijuana, en lo que se refiere a la buena mesa, hay que puntualizar que brindaba el codicioso marisco de Baja California, destacándose las almejas y el pescado que allá se conoce con el nombre de «bonito». Manzanas, peras, uvas de California, naranjas de ambrosía; en fin, todo lo que producen los huertos riquísimos del Noroeste.

Y en cuanto a las mujeres, lo más corriente era verlas arribar lujosamente ataviadas, luciendo las joyas más rutilantes, los maquillajes de última invención, las modas últimas. Llegaban en automóviles desde el Ford hasta el Rolls-Royce, sin que faltara el coche caro, el Duesenberg. Las parejas acudían dando nombres supuestos a la hora de inscribirse en los hoteles. Las propinas afluían a torrentes. Y en cuanto a los juegos, bastará decir que la ruleta, el póker, el blackjack, los dados, las redinas, eran los más usuales, sin que se jugara bacarat ni albuere.

Veinte dólares por una rasurada.

En ese mundo estrepitoso, tumultuoso, los restoranes de los chinos, los italianos, los franceses y los griegos, daban su nota de color, sobresaliendo también la cocina americana. Otros viajeros llegaban a bordo de aviones particulares o de la línea Maddox, puesto que había un buen puerto aéreo.

—¿Y ahora?

—Ahora que ya no hay «prohibición» en los Estados Unidos y que los «gangsters» han sufrido graves pérdidas en sus «negocios», era inevitable la catástrofe de Tijuana. Puede decirse que fué entonces cuando comenzó la decadencia. Había que ver a Tijuana cuando estaba en sus días de auge, como le sucedió a Tampico en los años del petróleo...

—¿Tanto así?

—Y tanto, que hubo días en que un plomero, un carpintero, un electricista, ganaran más de 20 dólares al día.

—¿Y las propinas?

—Con decir que hubo millonario que por una rasurada me dió veinte dólares. ¡No creo que es exageración!

Me habla Nieto, en seguida, de los muchos crímenes que se cometieron allá, sobre todo después de las grandes juergas. Era muy frecuente el caso de que en el camino que va para Ensenada, los guardias encontraran cadáveres de desconocidos; y también eran muy comunes los raptos de novias traídas del «otro lado», sólo para divertirse. Una verdadera Babilonia, en la que los divorcios eran lo más fácil, en la que la presencia de algunas vampiras de lo más granado de Nueva York y en otras partes del mundo, dieron motivo a constante sensación. ¡Pobres mujeres, atraídas por las



Una de las fotos de Capone, en los tiempos de su gloria.

—Muchacho—dijo Nieto al terminar su relato—, tráigame una buena taza de café y unas tostadas...

Hay que aprovechar esta oportunidad

Al Capone, Emperador del Hampa, diabólico maestro del crimen, hizo enorme fortuna. Sus «negocios» fueron de tal grandeza, que nunca antes, en la historia del bandidaje en Nueva York y Chicago, se habían presenciado «operaciones» como las que él pudo realizar. Quienes le siguieron de cerca los pasos, y han escrito sus memorias, cuentan que el formidable bandido, gustaba de citar a sus grandes cómplices a uno de los más elegantes restaurantes y allí, bajo la más estricta discreción; en presencia de otros que se divertían y que bien sabían de qué estaba tratando, les daba sus órdenes. Ni rastro aparecía...

Ya tiene la libertad el más célebre de todos los «gangsters» que han prosperado en el subsuelo de la canalla. Su riqueza chorrea sangre; pero ella le sirvió oportunamente para librarse de las asechanzas de sus enemigos, de sus perseguidores, y para pagar bien a sus pistoleros, porque su aparición en un cabaret, en una terraza nocturna, acompañado de guapas mujeres, siempre era precedido de «guardias de corps», de matasiete que le guardaban cuidadosamente las espaldas.

Al Capone estuvo en la Isla de Alcatraz, en California. Pasó las más duras pruebas a que se puede someter a un sentenciado. Se le humilló cada vez que el carcelero quiso agotar su paciencia. Observó conducta edificantes y hasta dicen sus admiradores que muchas veces parecía un angelito.

En el silencio de sus noches del penal, mientras los espectros de sus víctimas le asaltaban el sueño, ha de haber evocado con matemática precisión sus orgías de Tijuana, sus bacanales fastuosas de la Florida, cuando sentaba a las sedientas «vampiresas» a su lado, y cada palabra suya, cada gesto, cada sonrisa, eran señales que daba mañosamente a sus pistoleros. Casi todos éstos fueron cayendo, poco a poco, bajo la implacable persecución que en los primeros años del régimen de mister Roosevelt se emprendiera contra los gangsters. La cárcel lo habrá hecho con la cautela de quien debe mil y su vida está en un hilo.

México, D. F., noviembre de 1939.

sorpresas nocturnas, para caer como la mosca en la telaraña!

—Le digo que no es exageración lo que le cuento. He visto en los comedores de aquellos hoteles algunas escenas dignas de los tiempos en que los romanos se dieron a toda clase de excesos. Comedores con dormitorios elegantemente acondicionados. Y algunos de los turistas sometiéndose a lavatorios intestinales para estar listos en la parranda del día siguiente. Una verdadera orgía continua.

Llegaban parejas de incógnitos a pasar su luna de miel; aparecían los viejos verdes, los dandys, las mujeres recién divorciadas que querían olvidar sus penas, los tríos de cínicos, los aventureros que iban en busca de las migajas que se caen de los banquetes, los traficantes de drogas heroicas, los cultivadores de vicios exóticos, los estafadores de fama internacional, los prófugos de la justicia que acechan oportunidades para triplicar sus fortunas. Un banquero loco, un pagador que se había hecho ojo de hormiga...

En una palabra: la historia de Tijuana en sus días y en sus noches maravillosas, recuerda, sin quererlo, la leyenda de los buscadores de petróleo

en Tampico, de los que iban a Panamá cuando se estaba abriendo el Canal, o a Nicaragua, cuando se necesitaba de los «soldados de fortuna», y de los gambusinos que se presentaron en el Transvaal cuando los diamantes se hallaban en pleno apogeo.

PENSAMIENTOS

La gratitud de un hombre es siempre en su grado máximo en el instante anterior a aquél en que le hace uno un servicio.

Pocos son los que están satisfechos con su fortuna, pero son muchos los satisfechos con su inteligencia.

Ninguna mujer hace de un hombre un tonto; simplemente le ofrece la oportunidad y le deja a él mismo completar la obra.

Nunca es tarde para aprender, pero con frecuencia es tarde para darse cuenta de que uno tiene que aprender.

SEA ROBUSTO !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomarvinode



Quinium Labarraque

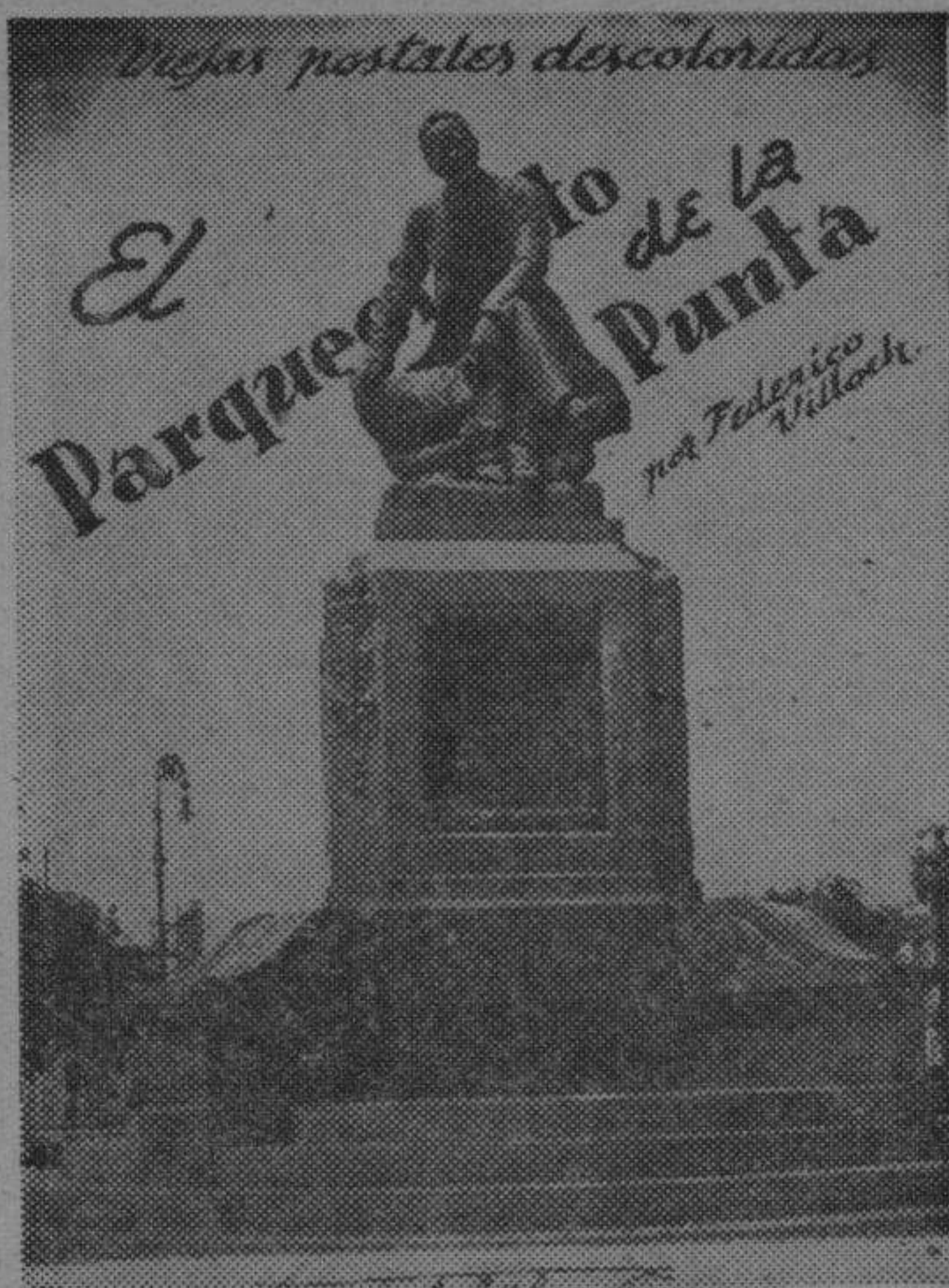
APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE 19, Rue Jacob, PARIS

DOR su situación en un espacioso descampado, y recibiendo de lleno la brisa y la luz de la bahía, era éste uno de los parques más frescos e higiénicos de la ciudad, sino el más concurrido, por su alejamiento del centro de la misma. Todavía por mucho tiempo se entenderá como la Habana verdadera—y hasta el presente, la única—la gran plaza limitada por el teatro Nacional y el Centro Gallego; la Acera del Louvre; el Capitolio; el teatro Payret; el Centro Asturiano; los edificios del antiguo café Central y el que fué del Unión Club; y en la esquina de Prado, el ya desaparecido café Alemán. Hoy el Parquecito de la Punta ha desaparecido, desalojado por los canteros que han de formar en definitiva los jardines, aun en proyecto, del Malecón de la Bahía, y después de experimentar en un largo período de años las más variadas y competas transformaciones, según el gusto de los distintos alcaldes que en ese tiempo gobernaron nuestro Municipio, entre otros, Corujedo, Miguel Díaz, Segundo Alvarez, que tanto se preocupó por el embellecimiento de los paseos y jardines con que contaba entonces la Habana, Campo de Marte, Carlos III, etc., el doctor La Torre, Gener y otros.

Sobre el año 1887 era uno de los rinconcitos más atrayentes de la Habana, aquel Parquecito de la Punta. Acababa de experimentar una de aquellas transformaciones a que nos hemos referido; y estaba que era un encanto con sus arriates sembrados de vistosas flores y plantas raras, sus fuentecillas con sus rumorosos surtidores, sus bancos limpios y cómodos, sus enarenados senderos sobre los que caía la grata sombra de los flamboyanes y los álamos, cuando ocurrió, allá por el citado año 87, en la explanada de la Punta, el agarrotamiento del bandolero Machín; y en un rapto de pánico sufrido por la enorme multitud que contemplaba el repulsivo espectáculo, en los momentos de subir aquel desdichado al patíbulo fué arrasado el parque por completo, al cruzar sobre él, como un enfurecido huracán, la desorbitada muchedumbre. Las rejas y enverjados fueron torcidos y arrancados como por las manos de una caterva de enloquecidos gigantes; tronchados de cuajo los arbustos; segadas las flores; rotas las fuentes, cuyas aguas corrían como desbordados arroyos por los alrededores; deshechos los bancos, pulverizadas las estatuitas y los adornos; doblados y retorcidos los postes del alumbrado público: una tromba, cayendo sobre un pueblo, no hubiera causado mayores daños, ni dejado a su paso desolación más espantosa como la que se advertía al día siguiente en el indefenso parquecito. Bien es verdad que a los pocos meses, gracias a las atenciones y cuidados de la autoridad municipal existente entonces, volvía a surgir limpio, vistoso y atrayente como de costumbre. Hay lugares en todas las poblaciones a los que diríase que los favorece la gracia de Dios; en cambio, otros gimen eternamente bajo la maldición del mismo Diabolo como, a pesar de su nombre, le sucede al Parque del Cristo, que nunca valió nada; y continúa valiendo menos cada día...

Una de las reformas más radicales y completas llevadas a cabo en el parquecito de la Punta, tuvo lugar durante la administración municipal del Alcalde señor Miguel Díaz, allá por el año 1890, después del desastre del 87 que hemos referido. Se abrieron y replantaron nuevos canteros; se sembraron nuevos flamboyanes y se levantaron los que habían sido desplazados por el pánico que causó el agarrotamiento de Machín; se construyeron nuevos bancos, más grandes y cómodos que los antiguos; se instalaron nuevas fuentecillas con sus correspondientes surtidores de mayor potencia y abundancia de agua que las que antes existían; se defendieron los cuarterones y todo el límite del parque con altas y tupidas cercas de «cardón», que casi lo cubrían de las miradas exteriores; se le dotó de mayor número de focos voltaicos; y en el centro se construyó una poética y confortable casita a la criolla, de techo de teja y portal, destinada al guarda-parque; y amplia y capaz para albergar una familia si la tuviese, nombrándose, en fin, un celoso guardador, cuya presencia



ahuyentó el enjambre de las equívocas parejas amorosas y «habitantes de la luna» que habían establecido allí sus dominios, siendo en cambio visitado de continuo por muchas gentes de orden, ávidas de conocer las reformas allí llevadas a cabo y de las que se hablaba con encomio en toda la Habana, hasta que, pasado por los primeros impulsos de la curiosidad, volvió a adquirir el poético rinconcito habanero su ambiente apacible y su aspecto humilde y recatado de siempre.

Habitaba la linda casita del guarda-parque, el que lo había sido nombrado recientemente por el señor Alcalde, don Indalecio Esteban, en compañía de su esposa doña Isabelita Hernández, con sus dos hijos de nueve y siete años, Eugenio y Margarita. El nuevo guardador del Parquecito de la Punta lo cuidaba y atendía amoroso, como si se tratase de cosa suya. En poco tiempo se cubrieron los jardines de bellos y fragantes rosales, de lindas flores, de coposos flamboyanes en cuyas ramas vivían un mundo de golondrinas, gorriones, bigiritas, negritos, tojosos, tomeguines, mayitos, sunsunes y demás pajarillos callejeros; y desde las seis de la mañana, hasta las cuatro de la tarde, en medio de su alegre piar continuo, oíase también la canturía de varias voces infantiles que aprendían las oraciones del catecismo, y los secretos de la tabla de multiplicar:

Santa María
madre de Dios
.....
Padre nuestro
que estás en los cielos.
.....

Y dándole a la pronunciación toda la sonoridad y el énfasis a que la frase se prestaba:

¡Cinco por cinco
veinte y cinco!
.....
¡Cinco por siete
treinta y cinco!
.....
¡Cinco por once
cincuenta y cinco!
.....
¡Cinco por doce
sesenta!
.....

canturría de la que llevaban todos el compás con los pies dando sobre el suelo, y fungiendo de director, con una regla en son de batuta, una alumna, o alumno de los mayores.

La casita del guarda-parque se había convertido en una escolita de primeras letras, a la que asistían los niños pobres de la barriada; aquellas escolitas particulares que tanto abundaban entonces, y de las que, por lo general, siempre eran

directoras—vamos al decir—alguna buena viejecita de grandes espejuelos de plata y bata blanca de percal, que solía llamarse Doña Chucha, Doña Ignacita, Doña Emerenciana, o alguna pobre y virtuosa viuda que se ayudaba con aquellos modestos emolumentos—cincuenta centavos; cuando más, un peso al mes por alumno—conocida por la señora de Pérez, la señora de López, la señora de Gutiérrez, etc.

¡Cómo les intrigaba a los fiñes de aquella época el Ch-u: Chu; Ch-a, Cha; y el reloj de Ignacio; y Domingo Fritura; y el negro Briche; y la Reina que quería Maguey de Guaicanamar; y el guao de Guanabacoa; y aquellos pajaritos en ringlelas para determinar los días, de la cartilla de don José María de la Torre, del brazo de la cual entraron en el templo del saber, y algunos en el de la gloria, los hombres más eminentes de Cuba de aquellos tiempos...

De los catorce o diez y seis alumnos de ambos sexos que tenía la escolita de Don Indalecio y su esposa, en su mayoría eran hijos de los empleados de las oficinas de la Cárcel y el Presidio, allí próximos; de varios patronos de goletas y viveros, vecindados en las calles cercanas a la Puntilla; de los dueños de los modestos establecimientos radicados en aquel centro humilde y apartado de la ciudad. Entre otros que luego pasaron a colegios de mayor importancia, y de salto en salto y por escalafón, al Instituto y a la Universidad, se recuerda, entre otros, los hijos de don Ignacio Pérez, encargado de los Fosos Municipales; a los hermanos Carlos y Joaquina Bauzá; Lino y Nenita Segarra; y Juanito Miari, hijo de don Alfonso Miari, aquel conocido profesor de flauta, copartícipe de los aplausos que en los arpegios, florituras y escalas de Traviata, Lucia y Fausto, se les tributaban en Tacón y Payret a las tiple que nos traían Grau y Sieni, en sus inolvidables temporadas de óperas; alumnos venturosos que tenían para su solaz e higiene—para ellos solos—las avenidas del Parquecito de la Punta; sus cómodos asientos; su ambiente saturado del perfume de sus jardines plenos de bellas flores y delicados claveles; la sombra y el rumor de sus árboles; sin duda la escolita más higiénica y pintoresca de la Habana...

No creemos que atesoraran mayores encantos que este Parquecito de la Punta los jardines de Platon y de Epicuro, personajes que la incipiente cultura de los moradores de aquel rincón iría a buscar, con seguridad, en la interminable lista de los santos y mártires cristianos.

Pero los alumnos se hicieron hombres; y los maestros se hicieron viejos; y la escolita y el parque sino arrasados como en 1887, poco a poco fueron cediendo su puesto ante el empuje de la vida; y sabido es que cuando se echan a un lado hombres y cosas, para «dejar hacer»—laissez faire—al cabo se anuian; y desaparecen por completo.

Uno de los parques relativamente más pequeños de París, y el más apacible y pintoresco, y que con más cariño visitan los verdaderos parisenses, no obstante estar un poco retirado del centro de la ciudad, es el Parque Monceaux, donde entre flores, grutas y fuentecillas rumorosas se levantaban los monumentos a Guy de Maupassant, a Gounod, a Thomas, a Chopin, etc. Algo de ese encanto y atractivo tenía también para los habaneros aquel Parquecito de la Punta, en medio del cual, en su día, y a gestiones del doctor Raimundo Cabrera, le erigió la República Cubana un monumento a su glorioso educador don José de la Luz y Caballero. Sus patrióticas doctrinas no se habrían seguido todo lo al pie de la letra que él hubiera deseado; pero su noble figura sirvió para revivir y perpetuar el recuerdo de aquellos humildes maestros de escuelas que, como don Indalecio y su esposa doña Isabelita, difundieron la enseñanza en Cuba, sin otra ambición que la de servir a la patria; ni otra gloria, que la de haber sembrado, por medio de la cultura, el amor y la tolerancia entre los hombres.



Hedy Lamarr, ante el busto propio hecho por un artista de Hollywood, recientemente.

La EXOTICA ACTRIZ HEDY LAMARR

por ELENA CARRILLO

EL simple hecho de que la carrera de actriz parecía más difícil que la de modista, fué suficiente motivo para que Hedy Lamarr se decidiera por la pantalla.

Desde que tuvo uso de razón, Miss Lamar ha venido la firme creencia de que los trabajos que presentan más dificultades son los mejores. Proporcionan mayor satisfacción y dan una oportunidad sin límites para usar al energía y el ingenio con que nos haya dotado la naturaleza.

Quienes han estado cerca de la actriz conocen muy bien su inagotable energía y han observado el hábito que tiene de sacudir su negra cabellera y mover rápidamente sus grandes ojos de color azul grisáceo—señal infalible de que tiene en perspectiva una nueva empresa.

Hedy resolvió ser actriz a la edad de 16 años.

Sin conocer a nadie en los estudios europeos y careciendo de experiencia, solicitó trabajo como correctora de guiones, y lo obtuvo.

Una vez en el interior de los escenarios no perdió el tiempo; abrió ojos y oídos, resuelta a aprender. A los cuantos días supo que necesitaban una chica para un papel secundario; sin intimidarse se presentó a solicitarlo; se lo dieron y allí tuvo principio su carrera artística.

Después de esa insignificante experiencia, quiso papeles más importantes; con tenacidad recorrió un estudio tras otro, y mientras más se negaba a dar a una actriz inexperta el rol a que ella aspiraba, mayor era su resolución de obtenerlo. Y triunfó; siguió triunfando hasta ser primera dama en dos importantes películas, y en poco tiempo llegó a estrella.

Con el objeto de ampliar sus conocimientos y experiencia, abandonó temporalmente la pantalla para dedicarse a la escena en teatros de Viena, su

ciudad natal. Fué estrella de «Insinuación», «Seis Fábulas» y «La Reina Isabel».

Su inclinación por la carrera dramática fué una verdadera sorpresa para sus padres, Emil y Gertrude Kiesler. Su padre, un próspero banquero, se negaba a darle su consentimiento, pero tuvo que ceder ante lo irremediable.

Hasta que vino a Hollywood en 1937, Hedy había vivido en Europa, donde recibió su educación, incluyendo el arte de diseñar trajes.

Dice la actriz que después de la carrera artística elegiría la de modista. Actualmente ella misma diseña sus propios vestidos y aconseja a sus amigas sobre el particular.

Sus deportes favoritos son el tenis, la natación y los esquís. En todos ellos es experta. También le encanta el baile, y en su niñez tuvo aspiraciones de ser bailarina.

Su diversión favorita es el cine, y ve cuantas películas le es posible.

Le encantan los perros. Casi toda su vida ha tenido alguno.

Admira a Toscanini más que a ningún hombre de nuestra época. Su lectura predilecta son las biografías. Toca el piano. Por lo general viste de negro, que armoniza admirablemente con su tez blanca y su cabellera color de azabache. Su ali-



Científicamente
creado según
los trabajos de
PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.



mentación abunda en frutas de todas clases. Mide 1.70 metros de estatura y es muy esbelta.

Las rosas son sus flores favoritas y acostumbra usar perfumes de violeta.

Una de las características más sobresalientes de la estrella vienesa es su sinceridad.

Miss Lamarr es considerada como una de las actrices más elegantes de Hollywood.

Una de sus mayores preocupaciones es no abusar de la amistad de nadie.

Duerme de nueve a diez horas diarias. En su país natal vivía en una enorme y lujosa residencia con varios sirvientes. En cambio, su casa de Beverly Hills es relativamente modesta y sólo tiene una doncella.

Es mucho más feliz trabajando, impacientándose cuando está ociosa. Celebró su cumpleaños el 9 del pasado noviembre.

Su primera película en Hollywood fué «Argel», con Charles Boyer y Sigrid Gurie, y recientemente compartió los honores estelares con Robert Taylor en «Flor del trópico».

CUENTA una romántica leyenda neoyorquina, que allá por las postrimerías del siglo XIX, triunfaba en la escena una mujer de proporciones de tibatot... Era muy pequeña, pero tan perfecta en cada detalle físico que le dieron el nombre de la «Venus de Bolsillo». Y ningún otro nombre hubiera podido describirla mejor, porque reunía todas las perfecciones en un ánfora que ocupaba muy poco espacio... Pero lo más interesante en aquella bellísima mujercita de raras proporciones estéticas era que, una vez en la escena, dominando el drama, crecía de manera increíble, monopolizaba al público y le hacía sentir el choque de su formidable magnetismo personal. Se agigantaba, llenando el escenario. Dentro del menudo cuerpo hecho de raso y oro, palpitaba una llama de intensidad dramática y un exuberante poder de apasionada vehemencia...

El día en que Carmina Benguría, la joven recitadora cubana, ofreció su inolvidable Recital en la Casa de las Españas, en la Universidad de Columbia y bajo los auspicios del honorable Catedrático don Federico de Onís, pensamos sin querer en aquella romántica figurina del siglo XIX, a quien llamaron la «Venus de Bolsillo»... Carmina Benguría, en pleno siglo XX, vivía en aquella legendaria artista cuyo temperamento arrebató a los públicos, y como ella, crecía en la escena, dejando sentir esa ola de magnetismo que se desprende de los que son artistas en la pura y sublime acepción de la palabra.

Desde la escena, Carmina, en quien apenas apuntan los rasgos de la plena pubertad, domina al auditorio. Lo domina por la sinceridad de su arte; por la exuberancia de su pasión al vivir el Verso del Poeta; por la fragancia y frescura que se desprenden de ella y sobre todo por la calidez de su verbo y la inaudita pureza del lenguaje castellano...

Carmina es la encarnación de la Juventud.

Hemos leído someramente las entusiásticas críticas que preclaros escritores han hecho del arte de Carmina Benguría. La han aplastado bajo gloriosos calificativos de admiración y la han llamado Consagrada... Nosotros, empero, si hemos de expresar sinceramente nuestra humilde opinión, confesamos que no creemos que Carmina esté completamente consagrada. El término no admite titubeos. Que Carmina logrará un día consagrarse, no dudamos. Actualmente, la bella y juvenil recitadora cubana pasa por el difícil proceso de perfeccionarse y se abre paso por ese camino que conduce a la gloria, con valentía y con el coraje de los iluminados. Pero es un camino que tiene muchos escollos y para salvarlos es preciso luchar mucho y adquirir una experiencia que no se puede haber logrado en una carrera tan corta como la de Carmina...

Sin embargo, los atributos que hacen grandes a los artistas, los posee esta pequeña mujercita en la cual vibran con choques eléctricos el arte y la pasión.

Carmina recita con gracia y con elegancia. Su dominio de la lengua castellana es absoluto y las modulaciones de su voz tienen arpegios musicales. Pero Carmina Benguría es más actriz que recitadora y más mujer que actriz. Es más mujer porque en sus poemas hay infinitamente más ternura de la que acostumbramos percibir en otras recitadoras. Y es actriz porque sólo siéndolo en grado superlativo, podría lograr con la perfección que lo logra, asimilar los caracteres que describe el verso y colocarse felizmente en las posiciones y ambientes que exigen los poemas por ella recitados.

Si la tendencia natural de todo artista es buscar la perfección siquiera en un ángulo o detalle de su arte, podemos decir con entera sinceridad que Carmina ha logrado la perfección al encarnar, con el gracejo y la pureza que lo hace, aquellos caracteres españoles, absolutamente peninsulares, que se mueven en las tramas de algunos de los versos con que nos ha fascinado.

El que tiene la suerte de escuchar una de estas interpretaciones regionales de las cuales Carmina Benguría sabe hacer un monumento de arte y de



*Apunte crítico
sobre una gran
artista cubana*

por Mary M. Spaulding

Mary Spaulding, notable escritora y periodista norteamericana, especializada, con nombre continental, en crónicas y críticas de arte, conoció en Nueva York hace pocas semanas a Carmina Benguría nuestra gran intérprete del verso, asistiendo al recital que ofreciera en el Instituto de las Españas. De aquel acto es este fino y encomiador apunte en el que fija su autorizada opinión sobre nuestra compatriota.

gracia, se pregunta cuántos años ha pasado la joven actriz-recitadora, bebiendo en la fuente original del arte folklórico español. Y la sorpresa es grande al saber que Carmina jamás ha visitado España. Para nosotros, que hemos recorrido cada región de la Península Ibérica, la perfección de Carmina en este campo de recitación e interpretaciones es casi mágica. Porque no es sólo el acento que se adquiere cuando hay poderes de imitación; es el espíritu de la raza que vive en ella y que ella maneja con deliciosa gracia y soberanía.

Carmina Benguría debía hacer de este arte interpretativo regional, su exclusividad porque hasta la fecha no hemos encontrado semejante perfección y gracia en ninguna otra recitadora. Carmina es la Maja de Blasco Ibáñez. Es la andaluza alegre, apasionada y coqueta... Carmina nos transporta al legendario balcón morisco, a la reja cuajada de flores, cuando recita «La Pava», de Joaquín Torres...

Y la actriz iza su pabellón dramático cuando vive el drama en verso de Josefina Bolinaga, titulado «La Nochebuena del Preso Juan»... Después, toda la refinada ironía de un temperamento sutil y comprensivo, brilla esplendorosamente cuando nos presenta la sordidez del «Pueblo» de Palés Matos... Carmina Benguría es versátil, y por eso insistimos en que es actriz. Porque tiene el raro privilegio de pasar de lo dramático al humorismo sin cansancios mentales y sin acrobacias de intelecto...

La «Venus de Bolsillo» cubana, obtuvo un gran triunfo en Nueva York. Y nosotros le rendimos un homenaje de sincera devoción, porque supo conquistarnos en breves momentos y dejó una amable huella en nuestro espíritu.

En Nueva York, otoño de 1939.

PENSAMIENTOS

Casi no hay marido o mujer que no crea que es un mártir.

Todos los hombres son tontos, pero sólo los inteligentes se dan cuenta de ello.

Si se considera todo lo que la gente es capaz de hacer por dinero, uno se sorprende de que no haya más millonarios.

Las mujeres se ven naturales sólo cuando no tratan de serlo.

Todos oímos el llamado del deber, pero muy pocos son los que no escapan en el sentido opuesto.

Muchos hombres que se llaman conservadores son simplemente cobardes.

Sólo cuando fracasamos empezamos a creer en la suerte.

QUINIENTAS mujeres me han escrito llenas de pasión, para que «haga algo» respecto a la guerra, y si quinientas me escriben es porque miles piensan de la misma manera. Así pues, aquí van algunas sugerencias acerca de lo que podemos hacer nosotras las mujeres.

Este es un sentimiento en parte de temor, parte de vergüenza y desesperación. Es un miedo natural porque la guerra es un bosque en llamas que extiende sus fuegos en todas direcciones y pudiera venir a través del Atlántico. Es vergüenza para los que creemos en la doctrina de Cristo, de bondad y perdón. Es desesperación porque recordamos como nos vimos envueltos en la conflagración de 1914.

¿Qué podemos hacer? nos preguntamos con amargura las que hemos dedicado los 20 últimos años al vano esfuerzo de mostrar la guerra en toda su horrible desnudez. Lo que tenemos que hacer es fijar nuestros ojos con más firmeza que nunca sobre el gran ideal, recoger los pedazos de nuestras esperanzas destruidas y seguir adelante.

Las que conocemos a Dios sabemos que su primera palabra es de amor y de paz. Puede que seamos poco prácticas y ciegas en el camino que recorreremos para llegar a esa meta, pero puesto que esa es la meta de Dios y El lo sabe todo, nos acercaremos más y más a El cada vez que contribuyamos a eliminar en este mundo una partícula de odio o venganza y la reemplacemos por una de perdón.

Perdón es una palabra difícil; no es natural perdonar. Necesitamos poderes sobrenaturales para amar a nuestros enemigos. Esos poderes sólo podemos lograrlos de una sola fuente, pero con frecuencia nos alejamos de esa divina fuente.

Hace poco tuve que arreglar una pelea entre dos niños, uno de dos años y otro de cuatro. Ninguno de los dos, que eran hermanos, habían experimentado posiblemente antes un odio tan terrible. Uno había destruido el juguete del otro y éste quería sacarle los ojos. Este de cuatro años estaba temblando de ira, apenas si podía respirar normalmente. Cuando le hablé de los Evangelios, de la Vida de Cristo y de que como sus enemigos lo habían crucificado me respondió: «Yo los crucificaría a todos ellos y cinco veces a cada uno». Pero después de algunos minutos de calma y cuando fué persuadido de que debería hacer la paz voluntariamente con su hermano, le hizo un obsequio, lo abrazó y luego fué a tenderse en su cama a llorar su arrepentimiento.

Si esto de perdonar puede de tal manera agitar a unos pequeños, debemos esperar que si en verdad hemos de llegar a perdonar a nuestros enemigos esto no será logrado sino después de violentas tormentas espirituales. Tenemos que esperar y soportar que se burlen de nosotras y nos califiquen de sentimentalismo femenino. Los hombres nos dirán que todo pensamiento romántico de perdonar a nuestros enemigos o de hacer bien a los que han abusado de nosotros es sencillamente impracticable.

A pesar de todo yo hago un llamamiento a las mujeres de América para que dediquen inmediatamente su alma y pensamiento a la elaboración de un plan definido de paz que sustituya al indefinido que hemos estado usando hasta ahora.

Esto implica un mapa del mundo que dé a todas las naciones un trato equitativo. Que distribuya las tierras y riquezas naturales necesarias a todas de manera que algún día las naciones puedan decir que están satisfechas. Esto significa que cada país tiene que sacrificar algo en territorios y riqueza. Las iglesias han fracasado en el empeño de hacer una cosa concreta como esta. Los gobernantes, diplomáticos y hombres de Estado han fracasado también. Todos están prontos para hallar millones que destinar a cañones y municiones, pero no para encontrar dinero o recursos que ayuden. «¿Por qué demonios, nos dicen, somos nosotros a ayudar a Alemania o al Japón? Necesitamos la caridad primero por casa.» Bien; los que así argumentan no cuentan lo que



Nos duele el corazón de desconsuelo hoy día. La guerra es un bosque en llamas cuyo fuego se extiende en todas direcciones y puede saltar a través del Atlántico.

Llamamiento a las mujeres CRISTIANAS

POR KATHLEEN NORRIS

esos países nos cuestan actualmente en dinero para armamentos y pérdidas económicas por el solo hecho de tenerlos como enemigos. Si los Estados Unidos hubieran prestado mil millones de dólares a naciones necesitadas hace 15 años habría salvado diez veces esa suma en el terror armamentista que de súbito se ha apoderado del país.

Hoy nos duele el corazón de desconsuelo. Pero si gracias al esfuerzo y abnegación de una mujer o de muchas mujeres de genio lográramos trazar ese mapa ideal del mundo habríamos prestado a la humanidad un servicio mayor que el de cual-

quiera otra generación de mujeres. Habrá burlas sin duda, pero puede que al cabo de un año se pueda trazar otro mapa más próximo a una aceptación general, y puede que tras cinco años unas 10 naciones lo hayan adoptado y a los 15 años puede que veinte lo acepten. Cuando ese mapa sea aprobado todas las naciones del mundo empezarán a disminuir sus armamentos. Puede que esto tome veinte años o más, pero yo estoy convencida de que si en 1919 hubiera sido propuesto un mapa así por alguna alta autoridad eclesiástica no estaríamos haciendo frente ahora a los horrores de otra guerra.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

1. ¿QUÉ ESPECIALIDAD TENÍAN LOS MATRIMONIOS DANESES ANTIGUOS?



2. ¿A QUÉ EDAD PUEDE OCURRIR LAS TOS FERINA?



3. ¿QUIÉN ES AUGUST KROGH?

COPYRIGHT 1936—HEALTH NEWS SERVICE, INC.

1.—Los invitados a la boda debían traer leche y crema. Las invitaciones decían: «Para disfrutar de la ceremonia matrimonial debe venir ese día con medio litro de leche fresca y dos tazas de crema».

2.—La tos ferina se puede presentar entre las edades de un día y ochenta años. (En la infancia es una enfermedad peligrosa y actualmente causa en algunas naciones más víctimas que la difteria).

3.—El profesor Krogh de Copenhague, Dinamarca, recibió el premio Nobel en 1920 por determinar el carácter de los vasos capilares e investigar la forma en que regulan la circulación de la sangre.

LA HUMANIDAD VUELVE A LA CAVERNA

